



SUSAN SELLER

LOS OJOS DE MAX

CAPÍTULO 1.

Camino al altar.

Reconozco que tengo todo lo que una novia pueda desear. Alexander no ha escatimado en gastos. Tengo el mejor vestido de firma, el mejor lugar, el mejor banquete, la mejor ceremonia... no sé si el mejor novio.

No quiero ser desagradecida, al contrario, debería de estar muy agradecida por todo cuanto ha hecho por mí, pero en cada paso que doy camino al altar me pregunto si lo amo.

Alexander es guapo, o por lo menos es lo que yo recuerdo como un hombre guapo, porque hace muy poco tiempo que recuperé mi visión. Cuando tenía quince años se produjo un accidente doméstico, un incendio asoló la vivienda en la que vivía con mis padres. Siempre sospeché que no fue algo fortuito, que fue algo provocado, pero nadie me hizo caso jamás, al contrario, hasta el propio Alexander trataba de quitarme la idea de la cabeza cada vez que lo mencionaba. Nadie conseguirá nunca que deje de creer que fue provocado, simplemente me callo porque sé que es algo que nadie quiere escuchar.

Vuelvo a mirar hacia el altar. Un lecho de rosas enmarca el lugar donde él me espera. ¿No debería sentirme feliz y chispeante? Creo que todas las novias enamoradas se sienten así, es lo normal cuando vas a unir tu vida con un hombre del que estás enamorada. Yo jamás he sentido mariposas en el estómago, es una sensación que desconozco. Sí sé lo que es el amor dulce, la compañía, el respeto, la confianza... todo eso es lo que he tenido siempre con Alexander.

He leído muchos libros, incluso cuando estaba ciega con nuestro sistema de lectura a través de los dedos, en esos libros se hablaba del amor y de las cosas que provoca el amor... ni idea, nunca, repito, nunca me he sentido nerviosa al esperar un beso suyo, al sentir sus

manos en mi cuerpo, ni al saborear sus labios y me pregunto si eso es el amor, si eso es lo que debería sentir.

Aunque no sé que es realmente el amor, intuyo que es otra cosa diferente, algo así como un torbellino que te arrasa, que te hace vibrar, que hace que contemples cada cosa con la gratitud de estar vivo, una cosa loca que yo no soy capaz de sentir. Es posible que sea una de esas mujeres sensatas como me dice Alexander. Él siempre asegura que a su edad no hubiera querido jamás unirse a una jovencita alocada y sin prejuicios sexuales. Yo soy una jovencita, mucho más si se tiene en cuenta que mi futuro esposo tiene treinta años más que yo, así que sí, definitivamente es guapo, o lo que yo recuerdo como un hombre guapo, pero no soy capaz de desearlo. ¿Será posible sentir amor sin desear al hombre al que amas?, ¿y si no sientes ese deseo entonces no es amor?

Otro paso más hacia el altar...

Alexander está sonriendo. Supongo que siente que ha ganado. Estoy segura de que se ha dado cuenta de todas mis dudas en estos días. No he visto, pero sí he escuchado muchas películas en las que la novia decide fugarse en el último momento. Antes de llegar al altar deciden que no, que no están lo suficientemente seguras y se van corriendo. Yo no soy capaz de hacer eso. ¿Cómo voy a hacer eso delante de toda esta gente?

Mis nuevos y azulísimos ojos que debo a alguna pobre chica recién fallecida hacen una visión periférica de los invitados, lo que se llama "mirar por el rabillo del ojo". Me da satisfacción decirlo, ahora soy capaz de mirar por el rabillo del ojo, de los dos además, aunque la expresión se haga en singular, y esto para alguien como yo que hace un mes no veía es sencillamente delirante.

El mundo es tan bonito, tan brillante, tan lleno de magia y de colores... Me puedo tirar horas mirando como las nubes se forman en el cielo, como el vapor de agua se arremolina y se condensa hasta formar una masa de color blanco que va cambiando su forma. Si eso no es magia que venga dios y lo vea. No te quiero contar sobre las flores y sus pétalos que tantas veces acaricié con las yemas de mis dedos intentando recordar como eran antes de que perdiera la visión, y los árboles, y los manantiales... lo de los chorros

de agua en cada una de sus formas me enloquece, da igual que sea un río, un arroyo, o el agua del mar... las diminutas gotas cristalinas y las miles de formas que hacen al chocar contra una superficie me hipnotiza. Ahora mismo soy como una niña pequeña que descubre el mundo por primera vez.

Oh dios, está sonando esa música que ponen en todas las bodas y juro que me hace daño en los oídos. En realidad, debo confesar que cada paso que doy camino al altar me hace temblar un poco más. Estoy helada de frío. No debí escoger este traje con finos tirantes en lugar del que me aconsejó Gabrielle, pero claro, tuvo que llegar Alexander en ese momento y decidir por mí como siempre ha hecho.

Estoy llegando a su lado. Alexander me toma de la mano y me sonrío. No me gusta, lo tengo al lado y me voy a casar con él, pero no me gusta, lo estoy mirando de cerca, es un hombre bueno, me ha cuidado desde que perdí a mis padres, pero no me gusta, me siento profundamente agradecida de que haya pagado la operación con la que he recuperado la vista pero no me gusta, ha hecho grandes donaciones a la administración de donación de órganos, pero no me gusta. No me gusta su cuello, no me gustan sus ojos, no me gustan sus manos que me van a tocar en breve...

Sin embargo el cura empieza a hablar. No comprendo nada. No estoy pendiente de sus palabras. Busco con la mirada a Gabrielle. Ella sí que no me decepcionó al abrir los ojos. Yo ya sabía que mi única amiga era una señora entrada en años, de voz dulce pero decidida, de manos suaves y cariñosas... cuando la contemplé por primera vez supe que era ella, sus ojos grandes y dulces me lo confirmaron. Ahora me está mirando y reconozco sus cejas alzadas y esa expresión que vuelve a decirme "no tienes obligación de casarte con él, si no lo amas, no lo hagas".

Pero es demasiado tarde...

—Los declaro marido y mujer.

Un aplauso inunda la sala que se ha habilitado como una encantadora capilla. Y dejo que sus labios rocen mi boca disimulando mi desagrado.

CAPÍTULO 2.

La noche de bodas.

No puedo. Estoy muy nerviosa. No puedo acostarme con Alexander. No sé que decirle, ni que excusa ponerle pero no lo voy a hacer. Cuando no lo veía era otra cosa. Mi imaginación lo dibujaba como un Richard Gere maduro y con clase, con el cabello canoso, elegante, con una media sonrisa y unos ojos chispeantes, pero no es así. No es que sea feo, de hecho, es muy guapo, pero muy guapo para una señora de cuarenta años. Yo solo tengo veintidós. Seguramente soy una egoísta, me siento muy culpable. Alexander se ocupó de mí cuando mis padres murieron en el accidente. El pagó mi educación, mi ropa, mi comida, mis ocios y hasta mis lujos, porque a mi no me ha faltado absolutamente nada. ¿Sabía él que si conseguía volver a ver se estaba sentenciando?

—No eres una egoísta, lo que te ocurre es totalmente normal —dice Gabrielle con una sonrisa comprensiva.

—¿Y qué le voy a decir?, ¿no te das cuenta que no puedo decir "oye, que ahora que te veo no me gustas"?

—Pues sería lo más honesto.

—Gabrielle, por favor, ayúdame —digo mientras me arrodillo ante ella y escondo mi cabeza en su regazo. Ella, como una madre amorosa acaricia con sus manos envejecidas mi cabello rubio.

—Entiendo que no quieres ser cruel con alguien que te ha dado tanto pero lo más sensato es que le digas que necesitas un tiempo para acostumbrarte a él.

Levanto la cabeza para mirar sus ojos grandes y claros.

—¿Le bastará con eso?

—Por supuesto que sí, Raven, es un hombre adulto, lo comprenderá.

Pues no sé si lo va a comprender porque justo en este momento tocan a la puerta para entrar un enorme ramo de rosas rojas.

—Están preparando su dormitorio para la noche de bodas, señora —me dice una empleada de Alexander.

Trago saliva.

—Lo mejor es que se lo digas cuanto antes.

Grabrielle tiene razón. Los malos tragos cuanto antes mejor. Salgo de la habitación y me dirijo al cuarto nupcial. Oh dios, se me cae el alma a los pies cuando entro... sábanas de delicada seda en color rosa pastel, flores adornando cada rincón, pétalos de rosa sobre la cama, una botella de champán puesta a enfriar en una cubitera de plata, dos copas de exquisito cristal al lado de la cubitera, música sensual de fondo... Tiemblo solo de pensar la cara que va a poner Alexander cuando le diga "cariño, no estoy aún preparada". No es que tenga miedo de Alexander, es el hombre más bueno del planeta, pero entiendo que debí detener esta boda mucho antes.

Unas manos agarran desde atrás mi cintura y me acercan a un cuerpo duro y caliente.

—¿Te gusta, mi amor?

Si ha notado mi temblor lo disimula muy bien. Me vuelvo hacia él antes de que sus manos se vuelvan más exigentes. Lo digo ya y punto, mejor detener la situación antes de que se complique más.

—Alexander —no lo voy a poder hacer —mi amor, yo ...

—Es normal que estés asustada, pequeña —no debió decir "pequeña", eso hace que sea más evidente los años que nos separan —trata de relajarte, todo irá bien.

Eso es lo mismo que te dice el dentista antes de pincharte la anestesia. Puede que una anestesia me hiciera sentir menos... menos rechazo.

—Alex, yo no estoy preparada, quisiera esperar un poco más —mientras pronuncio estas palabras su boca ya indaga mi oreja. Nunca me ha gustado lo de la oreja, las orejas son para escuchar, no para que las invadan con una lengua pesada y pastosa.

Se detiene en seco.

—¿Qué quieres decir?

Sus manos siguen sobre mi cuerpo pero han detenido su recorrido que, afortunadamente, se quedó solo en la parte baja de la

espalda sin llegar a mayores.

—Quiero decir que no estoy muy segura de que quiera hacer esto, hace muy poco que recuperé la vista y tal vez tenga que pasar un tiempo para que me acostumbre a ti.

No le ha gustado, no le ha gustado, se lo veo en la cara, en los ojos de decepción, lo está entendiendo, sabe que le estoy diciendo que no quiero hacer el amor con él.

—Raven, confía en mí, ¿alguna vez te he fallado?, ¿alguna vez he hecho algo que te haya lastimado?

Niego con la cabeza. Es cierto, jamás de los jamases ha hecho nada que me hubiera hecho sentir incómoda.

—Esta vez será igual. Sé que estás atemorizada, mi amor, es normal, eres muy joven, no tienes experiencia pero te prometo que voy a ser muy delicado y no te vas a arrepentir.

¿Qué se puede decir ante eso?, ¿es posible que los hombres no entiendan que si no te gusta no te apetece y ya está?, ¿debo decir algo que simplemente me haga ganar tiempo?, porque, francamente, yo lo veo muy decidido a hacerme el amor. Sus manos están paradas, sí, pero su boca sella cada palabra con un besito suave en alguna zona delicada, cada vez más baja del cuello, cada vez más cercana a mis pechos.

—Es que estoy con la regla.

Pum... ha sido como un balazo... eso no me compromete, es algo contra lo que no puedo luchar, la naturaleza se impone y listo.

—Lo siento, no me tocaba hasta la semana que viene —mentira, acabo de salir de la regla —pero es posible que con los nervios y la tensión de la boda se me haya adelantado.

Sus manos están detenidas sobre mi cintura pero su cuerpo ya no me aprieta con urgencia.

—Oh vaya, entonces sí tenemos un problema —lo dice con una sonrisa llena de ternura y comprensión.

—Sí, es un fastidio —añado yo. Soy lo peor.

—Está bien, ven aquí —me lleva cogida de la mano hasta la cama —no podemos hacer el amor pero podemos dormir juntos.

Sí, claro, eso lo podemos hacer pero ¿qué incluye dormir juntos... me va a ver desnuda?

Me abraza y, de alguna manera, se las apaña para que mi cabeza repose sobre su pecho.

—Duerme pequeña, ya llegará nuestro momento.

Cierro los ojos, estos ojos azules cielo que ahora me han devuelto a la realidad de mi vida; estoy casada con un hombre bueno que no piensa dejarme escapar y que hasta se cree lo de la regla.

Primera mentira de mi matrimonio.

CAPÍTULO 3.

La esposa de Alexander Duval.

Hay que reconocer que Alexander se ha portado muy bien, sobre todo, teniendo en cuenta que solo disponíamos de tres días para descubrir la vida marital y que después tendría que viajar por motivos de trabajo. Así que en este momento las únicas habitantes de la vivienda, además del servicio doméstico, somos Gabrielle y yo.

Hoy esperamos la visita de una maquilladora. Cuando yo perdí la visión era tan solo una chiquilla de quince años que vestía el primer tejano que tenía en el armario y cuya máxima comprensión del maquillaje consistía en pintarme como un tigre una gruesa raya en mi párpado inferior. Eso era lo máximo. Cuando salía a la calle con el cabello castaño recién lavado y mis ojos de oso panda (por el efecto de la raya mal trazada) me sentía una Greta Garbo cruzando la calzada. Ahora que lo pienso puede que las miradas fueran más risueñas que admirativas. Así que Gabrielle ha decidido que debo recibir clases de una maquilladora profesional para que me explique una rutina de maquillaje.

—No será un maquillaje recargado, —me dice una chica preciosa algo mayor que yo y excesivamente maquillada, porque yo habré sido ciega pero sé reconocer un cutis natural y esta mujer lleva como unas tres o cuatro capas que no dan un aspecto precisamente natural —eres muy joven —continúa diciendo —y tienes una piel fabulosa, de tono cremoso y sin imperfecciones, de manera que solo echaremos una base muy fluida para fijar el resto del maquillaje pero sin excedernos. No tenemos que tapar nada, sino embellecer lo que ya hay.

Bonito discurso que no acompasa con mi torpeza a la hora de decidir cuanto tengo que echar. Una enorme gota pastosa de color marróncae sobre mis dedos y yo lo extiendo por mi cara con movimientos torpes. Cuando termino es evidente que llevo

maquillaje y el corte con el tono de piel de mi cuello es llamativamente notable.

—No te preocupes —me anima la chica —le irás cogiendo el truco.

—Gabrielle ¿esto es necesario? Yo jamás me he maquillado con estas cosas. Además ¿no encontré marido sin tener que usarlas?

—Es definitivamente necesario, querida —Gabrielle siempre habla como en las películas. —Alexander no te va a tener encerrada en esta casa, te va a llevar a comer, a cenar, a eventos que son importantes para él... no puedes ir con la cara lavada y el cabello suelto.

—¿Y por qué no?

Gabrielle pone los ojos en blanco como si la respuesta fuera evidente.

—Querida, la mayoría de las señoras en este ambiente valoran mucho el arreglo personal, no basta con que seas bonita, tienes que hacer alarde de tus ingresos, de tu nivel de vida alto y desahogado, y tu aceptación en este mundo será directamente proporcional a tu arreglo personal... bueno —añade pensativa —también a otras cosas que ya irás aprendiendo.

Esta última frase ha llamado más mi atención que la forma en que la chica ha retirado con destreza el exceso de maquillaje de mi rostro.

—Ahora te voy a enseñar a ponerte las sombras en los párpados. Serán muy suaves, tal vez un rosa pastel o un blanco crema —dice mientras coge un pincel y me lo muestra para que vea con que aplica el sombreado. Yo la dejo hacer sin prestar demasiada atención.

—¿Qué otras cosas son importantes, Gabrielle?

—La discreción, eso es fundamental si quieres encajar en el mundo de Alexander.

Realmente yo no quiero encajar en el mundo de Alexander, a mi el mundo de mi marido me importa un carajo, esa es la verdad, y también me importa muy poco ser o no aceptada en él. Tengo la aprobación de Alexander ¿no?

—¿Qué tipo de cosas requieren discreción en este mundo?

Gabrielle sonríe y me dice:

—Creo que sabes perfectamente por donde voy, querida. En este tipo de ambiente las infidelidades son habituales, conocidas, casi un secreto a voces, tanto en ellos como en ellas... a ese tipo de discreci3n me refiero.

Que asco de mundo el de Alexander, casi casi que prefiero no encajar en él. De repente un pensamiento se fija en mi mente.

— Crees que Alexander me ser  fiel, Gabrielle?

— Tienes tu algún interés en que lo sea, jovencita? —No me ha gustado el tono en que lo ha dicho. Obvio que si me caso quiero que mi marido no me ponga los cuernos. No creo que sea una aspiraci3n elevada. —Lo digo, querida, porque tu marido ha vuelto a su trabajo dejándote intacta.

—Tu me lo aconsejaste —respondo irritada.

—Yo te aconsejó que fueras honesta con él, no que te deshicieras de él con una mentira. Si cuando vuelva est s con la regla  qu  le vas a decir?

Pues sí, era un problema, ya lo había pensado yo, pero estaba tan enfilado que no se me ocurri3 otra manera de sac rmelo de encima.

—Le dir  la verdad entonces —dije triunfante.

Lamaquilladora sigue aplicada a mi tono de piel poniendo y quitando. De vez en cuando interrumpe la verdadera conversaci3n diciendo cosas como "observa como te aplico la raya"...

—En mi opini3n, querida, no tendrás mucho futuro con él si te dedicas a mentir en lugar de decir la verdad. Alexander est  enamorado de ti y un hombre es fiel si está enamorado, pero todo eso no durará mucho tiempo si decide que eres una jovencita inmadura y que se ha equivocado al tomarte por esposa. S  que es un hombre mayor para ti pero  tienes idea de cuantas mujeres han querido cazarlo desde que enviud3? Mujeres de una edad aproximada a la suya pero definitivamente hermosas, no más que tu, pero sí con mucho más mundo y picardía.

— Y que me quieres decir con todo eso? Cre  que tu jugabas en mi equipo.

—Soy de tu equipo, no lo dudes, precisamente por eso te doy estos consejos. Tu madre también te los habría dado. —Se detiene en este punto y cambia el gesto para sonreír. —Por cierto, traje esta foto de cuando tenía tu edad, quiero que la observes bien, mira su arreglo, su peinado, su porte... algo así serás tu si me dejas ayudarte.

Mi madre había pertenecido a este mundo de imagen personal y discreción del que me habla Gabrielle, sin embargo, su vida y la mía estaban resultando totalmente diferentes. Mientras ella había crecido sintiendo todo aquel lujo como una normalidad, yo había dejado de percibir como era el mundo a mi alrededor con solo quince años. Al trauma y la frustración de perder a mi familia se le añadió la desgracia de perder la vista. No conocía los brillos del mundo al que Gabrielle me dirigía sencillamente porque mi mundo se había sumido en la oscuridad.

—Y ahora... —dice la maquilladora dándome la vuelta para ponerme frente al espejo—... voilà.

No me extraña su júbilo. Mi cara es otra, o la misma pero realzada, no lo sé, es difícil percibirme, ya me costó trabajo reconocer mi rostro cuando volví a ver y ahora me tengo que reconocer de nuevo.

—Esta será la cara que llevará en todos los eventos públicos, señora. —Se me hace extraño que alguien me llame señora con solo veintidós años.

—Estás espléndida, —dice Gabrielle —bellísima.

Tan bellísima me encuentra que decide que vamos a irnos a cenar a alguno de los carísimos restaurantes frecuentados por mi esposo ausente.

—Quiero que todo el mundo comience a ver a la esposa de Alexander Duval.

CAPÍTULO 4

La ley de Murphy.

Contemplar el mundo con ojos nuevos es maravilloso, poner cara a cada voz, al roce de unas manos, a la risa desde el otro lado de la mesa donde estás. Todo lo miro hipnotizada, extasiada, con la alegría de una criatura. Y sí, yo ya conocía todas esas cosas, pero las extrañé tanto durante diez años de oscuridad que todo me resulta deslumbrante hasta el punto de que ... también me cansa!!!

—Gabrielle, no sé a cuántas personas me presentaste ya, como avanzadilla ya está bien, vámonos a casa.

—Pero si apenas has conocido a unos cuantos...

Dios mío, si tengo que relacionarme con toda esta gente me divorcio hoy mismo. Hasta ahora Alexander nunca ha querido que socialice, siempre he permanecido en casa y mis salidas eran acompañadas de Gabrielle, así ahora estoy absolutamente desbordada.

Antes de que ella alzando el mentón llame a otra mujer a nuestra mesa digo:

—Voy al baño a empolvarme la nariz. —No tengo ni idea de lo que es empolvarse la nariz pero siempre lo he escuchado en las películas como un recurso para marcharse.

Las dimensiones de los objetos y las cosas me desbordan un poco. Aún no enfoco del todo bien cuando mis ojos no descansan lo suficiente, así que me está costando llegar al aseo a pesar de que me lo han indicado con muchísima amabilidad. La amabilidad es la forma habitual de tratar a una persona con dinero, vamos que más que amabilidad yo lo llamaría hacer la pelota, y a mí me desagrada.

Estoy llegando al aseo, hecha unos zorros y malhumorada pero ya llego. Pongo la mano en el picaporte de la puerta. Creo que es ésta pero no estoy segura. El cansancio visual hace que no vea con nitidez el dibujito de la puerta...¿es un hombre o una mujer lo que

está dibujado? Joder, que manía de ponerlo con dibujos ¿no pueden poner simplemente "Señoras" y ya está?

De perdidos al río, yo abro la puerta y a ver lo que me encuentro. ¿Conoces la ley de Murphy, verdad? Esa que dice que la tostada siempre cae del lado de la mantequilla... o lo que es lo mismo, si algo puede salir mal, saldrá mal, no lo dudes, el universo no va a conspirar para que tengas suerte por mucho que te lo cuente Rondha Byrne.

Suele suceder que por milésimas de segundo tienes una impresión vaga que no sabes de dónde viene pero que te avisa como en una intuición de que has cometido un error. Puede que sea el universo el que te avise, pero debería hacerlo con mayor antelación antes de que un maromo de metro noventa tropiece contigo, que mides uno sesenta y cinco, y te haga caer al suelo. Ergo, me acaba de pasar. Yo y mi maquillaje de aceptación social estamos haciendo el ridículo en el suelo mientras escucho la voz grave de un tipo que dice:

—Lo siento, ¿cómo iba a imaginarme que detrás de la puerta había una mujer? Se ha equivocado de baño, éste es el de caballeros.

—Si lo pusieran con letras y no con dibujos lo habría visto —respondo malhumorada aunque como es lógico él no sabe el tema de mis ojos.

Siento sus manos en la cintura intentando ayudarme a levantarme.

—De todas formas ¿sale usted siempre con tanto brío después de mear? —Ya lo sé, las señoras finas de la sociedad de Alexander dicen "orinar"ó "miccionar" ó "hacer sus necesidades", cualquier cosa menos llamar al pan, pan y al vino, vino.

No me suelta y continuo en mi ascenso a una posición normal pero me dice:

—Discúlpeme pero no he sido yo el que se ha equivocado de baño.

Ya me está tocando las pelotas (narices o fosas nasales para el idioma de Alex).

—Suélteme —le digo —ya me pongo en pie yo sola. —Total, otra vez no me voy a caer... que digo yo... —La próxima vez contenga su euforia antes de abrir la puerta —y levanto los ojos por primera vez hacia él.

Veo con total claridad, tiene dos enormes ojos azules con unas larguísimas pestañas me atrevería a decir que incluso femeninas, ya pagaría yo por tener esas pestañas. La mandíbula es fuerte, bien marcada, los labios con el grosor justo, ni excesivos ni delgados, el cabello en un rubio cobrizo, que es comola gentele llama al cabello que está a mitad entre el rubio y el pelirrojo. Los hombros anchos, y es muy, muy alto. Su estatura me obliga a girar el cuello hacia arriba para mirarlo. Pero ¿qué le pasa? Parece que está hipnotizado y voy bien maquillada pero de verdad que tan guapa no soy. Me mira como si acabara de ver a un fantasma, o a un ángel si me pongo en lo mejor, pero su mirada es lenta, fija, penetrante, como si tratara de descubrir algo detrás de mis ojos. Siento que un escalofrío me recorre desde la nuca hasta el final de mi espalda, pero no es desagradable, es ... mágico.

No sé cuanto tiempo pasa pero casi un minuto antes de que ambos tomemos conciencia de que nuestras miradas se están alargando demasiado. Seguramente el tipo que ha pedido permiso para que le dejemos entrar al aseo y nos quitemos de la puerta ha tenido que ver en esa toma de conciencia.

—Discúlpeme —me dice —pero tiene usted unos ojos que ... —¿qué, qué, qué? —... que me recuerdan a alguien tan querido por mí. —Oh vaya, yo pensé que iba a decir "que me he enamorado".

—¿A quién? —No se de dónde he sacado tal impertinencia. ¿Qué me importará a mí a quien le recuerdan mis ojos? Claro que, pensándolo bien, todo parecido con mis ojos puede ser significativo. Me gustaría tanto conocer a la familia que tuvo la generosidad de donar las corneas de su hija, esposa, novia, hermana, madre... sea cual sea el parentesco, debo agradecerles toda la vida tan valerosa decisión.

—A alguien a quien amo —me responde con una sonrisa triste.

La verdad es que me he quedado colapsada por la respuesta. He vivido mucho tiempo prácticamente encerrada por el tema de mis

ojos pero adónde llego la gente no va por ahí diciendo cosas como "sus ojos me recuerdan a alguien a quien amo". O yo no entiendo de protocolos o éste se los ha saltado también a la torera. Además, estamos en un ambiente selecto, entre la sociedad adinerada, y lo estamos porque también tenemos dinero. O tal vez, le pasa como a mí, él no tiene dinero pero su mujer o sus padres sí, puede que lo que tenga sea un buen apellido. Busco en sus manos un anillo de casado... no tiene. Busco en el resto de su cuerpo alguna evidencia de quien es... nada. Siento algo raro, la visión se me está desenfocando otra vez. Debo de dar descanso a mis ojos. Los cierro durante unos segundos para ver si así enfoco mejor. Los vuelvo a abrir y él sigue ahí, mirándome con fijeza.

—Ha sido un placer —le digo dándome la vuelta —salúdeme usted a su amada.

Y me voy... y sí, me tropiezo de nuevo con una esquina que no he visto.

CAPÍTULO 5..

Lo que me gusta...lo que no me gusta.

#Megusta ... hacer pasteles de bizcocho de chocolate, mezclar la harina con la leche hasta hacer una masa, ver como la mezcla se va poniendo amarilla al echarle el huevo, meter las manos, sentir la textura de cada ingrediente deshaciéndose y ... poderlo ver con mis ojos.

#Nomegusta ... que Alexander me mire ansioso esperando de mi algo que no me nace del alma.

#Megusta... Pensar en el chico de los ojos azules que dice que mis ojos le recuerdan a alguien a quien ama.

#Nomegusta ... la persona a la que él ama.

Y, de repente, mientras estoy con las manos en la masa, mientras contemplo fascinada como los ingredientes van ligando unos con otros se me ocurre que no estaría mal saber quien ha sido la artífice del milagro de mi nueva visión.

Entonces me limpio las manos y salgo corriendo a buscar el número del INCUCAI. Con la voz temblorosa pido concertar una cita.

—¿Por qué motivo?

Porque sí y ya está.

—Soy beneficiaria de una donante. Quería intercambiar impresiones.

No parece que la convenza mucho pero, finalmente, y tras una horrible pausa en la que supongo que ha debido consultar con alguien, accede a citarme para el día siguiente.

Gabrielle me dice que no conseguiré nada, que en ningún caso me van a dar el nombre de la donante ni de su familia, que bastante dolor han soportado ya... pues sí, es cierto, y yo precisamente quiero aliviar ese dolor, quiero decirles que los ojos de su hija, o su hermana, o su madre, o su novia, o su mujer... siguen vivos en mí.

¿Puede causarles eso dolor o consuelo? El alma humana es tan frágil que es difícil saberlo.

Da igual, estoy decidida a hacerlo y me planto en el Incucae. Entorno mis ojos ...¿aquél que está allí no es el chico que dice que mis ojos le recuerdan a los de su amada? Se monta en un coche azul, arranca y me da tiempo a ver su expresión de tristeza.

CAPÍTULO 6.

Maximiliam...Max para los amigos.

No me conformo. La chica de INCUCAE me dice con toda la amabilidad del mundo que está absolutamente prohibido que tomemos contacto con la familia de nuestros donantes. Siento una mirada sobre mi, me giro, es él de nuevo. Pero coño, ¿no se había ido? Puede que mi cabeza me haya jugado una mala pasada... o más bien mis ojos.

Una punzada de terror me recorre el espinazo ... joder, joder, joder.. a ver si voy a tener un rechazo a los ojos o cualquier movida de esas. Prescindo con esfuerzo del agobio que me está dando al ver que desenfoco otra vez. Él se acerca a mi con paso rápido.

—¿Está bien?

Lo miro entornando los ojos. Sí, definitivamente es él. Altísimo (claro, no va a menguar de un día para otro), rubio, con esos dos ojos azules.

—Un poco mareada... ¿tu eres el tío del otro día, verdad? El que casi me tira al salir del baño.

Adivino una sonrisa en la curvatura de sus labios.

—No, yo soy el que te ayudó cuando te equivocaste de baño, y ahora te voy a volver a ayudar.

—Pues ya está, el que casi me tira al suelo aunque luego me ayudarás.

Me coge de la cintura.

—Vamos a tomar un café hasta que se te pase el mareo.

—Vale, pero las manos quietas —le digo.

—Solo te estoy ayudando porque estás mareada, no voy a hacerte el amor.

¿Cómo? ¿pero que me está contando este tío? A ver si se cree que porque es guapo, mide uno noventa, tiene los ojos azules y la boca más sugerente del mundo va a estar una loca por él.

—Aunque quisieras no podrías hacérmelo. —Le contesto tratando de parecer inmune a sus encantos.

—Te aseguro que si quisiera te haría el amor hoy mismo.

—Tu eres un imbécil —le respondo indignada.

—Y tu una niña mimada que cree que cada hombre que conoce se muere de amor por ella.

No me ha quitado todavía la mano de la cintura.

—Ahora me dirás que no soy guapa. —Entre tu y yo, no lo soy, es puro aderezzo.

—Sí lo eres ,- toma ya —pero no eres de mi estilo. —Ya la ha cagado.

—Para no ser de tu estilo tu mano lleva demasiado tiempo en mi cintura y ya te he dicho que la quites de ahí.

—No voy a dejar que te caigas que te veo capaz de denunciarme por acoso alegando que fui yo el culpable de la caída. Vienes conmigo a tomar café y te portas bien ¿de acuerdo?

—No, me voy yo sola, vete a seducir a otra.

Escucho una carcajada larga y profunda, no es la clase de risa que emite un hombre enfadado. ¿Se está divirtiendo a mi costa?

Me coge más fuerte de la cintura y me lleva a la cafetería prácticamente en volandas. No me sacudo, no me muevo, no intento escapar de él porque, en el fondo, sé que no me va a hacer ningún daño.

Por supuesto también sé que no me quiere seducir, que solamente está siendo amable, incluso puede que sea eso lo que me pone de mal humor.

—Dos cafés con crema, por favor —le dice a la camarera.

—¿Siempre decides que va a tomar la mujer que me acompaña?

—No, pero hoy lo que me acompaña es una niña.

—Ah, ya veo, conozco ese truco masculino, me llamas niña para que yo me pique y te demuestre que soy una mujer.

Se vuelve a reír y la camarera le mira y le sonrío. Me da rabia estar desenfocada y no poder advertir si él le devuelve la sonrisa. Algo en mi hierva, me molesta, me irrita.

La camarera trae, todo sonrisas ella, el café con crema.

—Perdone señorita —le digo con tono quisquilloso —llévese usted el café con crema que ha pedido el caballero para mí y me trae una caña, por favor.

A menudo hago cosas que no me gustan, no sé porque las hago, me domina un impulso que no sé controlar. Ahora mismo odio a esta camarera guapa con buenas tetas, y la odio porque no tiene ni que abrir la boca para ser interesante, en cambio, él me ha dicho que soy guapa pero no de su estilo, e intuyo que lo de guapa ha sido por compasión. A él también lo odio.

—¿No es muy pronto para una caña? —me pregunta él con tono... ¿paternal?, ¿fraternal?, ¿jodedor?

Levanto las cejas en un gesto que deseo resulte encantador. Él vuelve a sonreír.

—¿Qué hacías en el INCUCAE? —Su pregunta es directa y esta vez no sonrío.

—Sinceramente no tengo porqué contestarte, no sé quien eres, ni como te llamas, ni qué hacías tu en el INCUCAE. Además, si mis ojos no me fallan te he visto irte y luego has regresado y mira como yo no te pregunto porqué. Eso es lo que hacen las personas educadas ¿sabes? No se meten en las vidas ajenas.

Y sigue sonriendo, es que no lo puede entender, me hace pensar que se ríe de mi.

—Y otra cosa más ... estoy harta de esa sonrisa en tu cara. Ya sé que esa boca te ha debido costar una pasta pero con un par de sonrisas al día durante el resto de tu vida ya estará amortizada, no hace falta que te la pases enseñando la dentadura todo el tiempo... y para que lo sepas...

La camarera me pone la cerveza delante interrumpiendo mi parrafada, pero yo no me pienso callar.

—... y para que lo sepas esa camarera le sonrío a todos, no solo a ti, ya he venido varias veces y lo he visto.

Su sonrisa se ensancha más.

—Soy Maximilian Middleton. Max para mis amigos. Estaba en el INCUCAE buscando una información. Me marché porque no me quisieron dar ningún dato pero te vi y regresé.

¿Maximiliam??????? Que nombre tan pomposo —le digo sin pensar en mi impertinencia.

—Cuando sepa el tuyo le podré poner un adjetivo, porque eso es lo que hacen las personas educadas ¿sabes? Responden a una presentación diciendo como se llaman.

Bufff, suelto un bufido de cansancio. Creo que el desenfoque de mis ojos tiene que ver con mi estado de ánimo. Cuando estoy relajada los ojos me funcionan perfectamente, cuando me pongo nerviosa o ansiosa se me desenfocan.

Como soy una persona sin personalidad (nótese la redundancia) creo que mi cuerpo desarrolla mecanismos de defensa. Por ejemplo, cuando era pequeña mi padre me obligaba a visitar al padre de un buen amigo suyo, un viejo asqueroso que me miraba de forma lasciva, no podía negarme y no era capaz de verbalizar que no me gustaba aquella mirada sobre mí, así que cada domingo por la tarde me sentaba mal la comida y podía quedarme en casa. Esas cosas le suelen pasar a todas las personas ansiosas que por algún motivo no pueden exteriorizar lo que sienten.

Uy, casi me había olvidado de Maximiliam que sigue esperando a que le diga mi nombre. Ya no sonrío sino que me mira con seriedad, casi diría que me está haciendo un escrutinio. Son mis ojos, mis ojos le recuerdan a alguien a quien ama ¿no fue eso lo que dijo cuando nos conocimos?

—Me llamo Raven. -Omito mi apellido porque a él que le importa mi estado civil.

—Que nombre tan adecuado para alguien con tanta personalidad. —Que divino el tío. —¿Y tu apellido?

No hay manera de salir de esta. Bueno, espero que me tome por una hermana o una prima.

—Duval, Raven Duval.

Ahora me doy cuenta de que me reconoce de alguna manera. Me mira, entorna los ojos, me remira, sus cejas se alzan en una interrogante y, finalmente, me pregunta confundido:

—¿Eres la joven esposa de Alexander Duval?

Adiós a la atención del buenorro. Creo que me voy a divorciar muy pronto.

—Sí, soy yo, desde hace la friolera cantidad de veinte días.

De repente se yergue en su silla. Es como si la sola pronunciación de mi apellido lo pusiera tenso. Ya he observado esa reacción antes entre algunas personas.

—Entonces, encantado, señora Duval. —Extiende la mano en un saludo formal.

—Supongo que habrá oído hablar de mi.

—Siempre bien —me dice cortésmente.

—Ya no le parezco una niña ¿verdad? No se preocupe, señor Middletonr, que no le voy a dar la queja a Alexander.

No se ríe, ahora ya no se ríe. Joder, ¿con quién me he casado yo que levanta tanto respeto?

—En ningún momento era mi intención faltarle el respeto, Raven, fue todo una broma. No me lo tenga en cuenta.

—¿Qué es lo que has escuchado decir de mí? —Estoy llena de curiosidad.

—No demasiado. Alexander se casó con una mujer a la que siempre amó a pesar de la diferencia de edad, eso es todo.

—¿Por qué ha venido usted al INCUCAE, Maximilian?

—Quiero conocer a la persona a la que mi esposa ha donado sus ojos.

¿Cómo? Oh Dios, el corazón me golpea el pecho con ferocidad. ¿Su esposa está fallecida? Ufff, yo he recibido una donación de corneas, cristalinos, retinas, pupilas e iris.

—Vaya, cuanto lo siento —le digo incapaz de contener el tono tembloroso de mi voz. —¿Cuándo falleció su esposa?

—Hará unos seis meses. —Su cara se contrae en un gesto de dolor.

La mía también... Hace seis meses que recibí aquella donación.

CAPÍTULO 7

El pasado siempre vuelve.

El tiempo pasa como si fuera un suspiro cuando tienes un pensamiento que te abstrae en la cabeza.

Desde mi conversación con Maximilian, Max para los amigos, llevo días distraída, tanto que ni siquiera me estoy acordando de que mi marido, Alexander, regresa esta noche y que esperará hacer el amor conmigo. No sé que excusa le voy a poner esta vez...

No dejo de recordar a Max cada dos por tres, la forma radical en que cambió su actitud hacia mí cuando le dije que era Raven Duval me sobrecogió. De alguna manera me pregunto quién es realmente Alexander, porque la sola mención de su nombre puede hacer desintegrar la seguridad de un hombre como Max Middleton, tan seguro de sí mismo, tan risueño. La verdad es que lo recuerdo y su imagen está siempre sonriente... hasta ese momento en que sale el nombre de mi esposo a la luz.

Y otra cosa más... ¿será que su esposa fue la que me donó los ojos? Si es así tengo que ver al señor Middleton. Tengo que decirle que soy yo, que ese es el motivo por el que mis ojos le recuerdan a su amada.

Gabrielle interrumpe el hilo de mis pensamientos cuando entra en mi dormitorio.

—Deberías estar poniéndote hermosa para cuando llegue Alexander.

—No pienso hacer el amor con él, Gabrielle. Si me ve fea mucho mejor.

Gabrielle se levanta de la cama donde había tomado asiento y se mueve nerviosamente por el linóleo del dormitorio. Viene una bronca de mi amiga mayor, lo sé, lo presiento.

—Vamos a ver, jovencita, no te voy a hablar como te habla la gente en cuanto descubre que eres la esposa de Alexander, te voy a

hablar como una señora mayor a su amiga jovencita.

Llevo una de mis manos a la sien fingiendo un dolor de cabeza pero no cuela.

—Es inútil que finjas una jaqueca, niña, conozco todos tus trucos. Raven, debes acabar ya con esta situación. Te lo advertí antes de que te casaras, me cansé de decirte que la gratitud no es amor. Algo me decía que esto iba a suceder.

—Pues muy bien, Gabrielle, enhorabuena por haber acertado, sucedió ¿quieres un premio?

—Basta de impertinencias, Raven. Esta noche vas a hacer el amor con tu marido. Es un hombre delicado, guapo, exquisito, y tu eres su esposa.

—No me gusta, Gabrielle.

—Está bien, si ese es todo tu alegato esta misma noche se lo vas a decir.

—¿Decir qué?

—Decirle lo que me acabas de decir a mí, que no te gusta, que lo encuentras demasiado mayor para ti, que te equivocaste y confundiste gratitud con amor, que no puedes ser su esposa porque lo quieres pero no lo amas. ¿Serás capaz de hacerlo?

—No, ya lo intenté, pero no puedo, me parte el corazón hacerle daño.

—Pero criatura, en la vida hay que tomar decisiones y tu tienes que tomar ya una. O te entregas a él o te despides de él. No hay más. Y yo quiero saber qué es lo que vas a decidir.

Los pensamientos vienen y van a mi cabeza. Sé que Gabrielle me comprende a pesar de que manifieste enojo y no olvido que ella me lo advirtió al ver mi cara cuando lo ví por primera vez.

—Dime que debo hacer, Gaby por favor.

Gabrielle separa unos de los mechones de mi pelo y lo coloca detrás de mis orejas. Su gesto enfadado se ha relajado, creo que ahora ya no es una amiga que te reprocha algo, sino a una madre que te aconseja con dulzura.

—Dime Raven ¿has conocido a alguien?

La madre que la parió, nunca mejor dicho...¿cómo es posible que lo sepa, tanto se me nota?

—No, a nadie...

—Querida, estás con la mirada perdida desde hace días, sonrías sin ningún motivo, haces gestos inusuales en ti, hasta te has olvidado de los desenfoces visuales que tanto te obsesionan... ¿quieres que me crea que no conociste a nadie?

—He conocido a alguien pero no es lo que tu crees, es mucho más importante que una atracción física.

La cara de Gabrielle se enciende cuando abre sus ojos para escucharme.

—Se trata de Maximilian Middleton. Su esposa falleció hace seis meses y creo que llevo sus ojos.

Gabrielle está con la boca abierta. ¿Qué pasa? Ya sé que el nombre es ridículo pero no tanto como para no poder cerrar la boca.

—¿Maximilian? —pregunta ella como si no hubiera entendido bien.

—¿Qué es lo que pasa, Gaby, lo conoces?

—Claro que lo conozco, todo el mundo lo conoce.

—¿Y?

—Pero criatura, Maximilian es el hijo del hombre que más ha odiado Alexander. Madre mía, en quien viniste a poner tus ojos.

—La expresión sería graciosa si no fuera porque llevo los ojos de otra persona, Gaby. Además, ¿qué me importa eso a mí? Es una historia antigua. A mi no me afecta.

—Alexander no puede ni ver a la familia Middleton, a ninguno de ellos.

Entonces sí me afecta.

—¿Cuántos son?- le pregunto.

Gabrielle suspira como si no supiera por donde empezar. Frota sus manos de una forma pensativa. Sus ojos se giran hacia la derecha rememorando algo.

—Está bien, Raven, debería ser tu esposo el que te contara esto y no yo, pero las circunstancias me obligan.

—Cuanta intriga, Gabrielle —le digo riéndome porque, honestamente, creo que el pasado debe quedar fuera de lugar, ya pasó, si no movió agua en su momento ¿por qué ponernos a hacer un río? - ni que fuera esto un culebrón venezolano.

Ella no corresponde a mi risita intrigada, en su lugar enfatiza el tono de su voz modulando su timbre y me dice:

— Casi, casi, Raven. Lo primero que debes saber es que delante de Alexander no se pronuncia el apellido Middleton. Tu marido no va a permitir ni la más mínima amistad con un miembro de ellos, muchos menos con Maximilian que es hoy en día un viudo de oro para cualquier mujer de nuestra clase social. Si lo ve cerca de ti vas a tener serios problemas.

—Me estoy empezando a asustar, Gabrielle, ¿qué quieres decir con "serios problemas"? Alexander no es un hombre violento... no que yo sepa.

Un nuevo silencio me vuelve a poner en alerta.

—Quizá no sea violento pero si será exigente en cuanto a tus afectos. Raven, si de verdad no tienes la intención de ser su esposa debes separarte cuanto antes. Alexander te lo dará todo pero también te lo quitará todo si lo traicionas.

—Dime, Gabrielle, ¿lo que me estás contando ha ocurrido antes?, ¿alguna vez mi esposo le hizo daño a una mujer por haberle traicionado?

La pregunta queda suspendida en el aire mientras contengo la respiración.

—Sara Middleton es la hermana de Maximilian, ella estuvo a punto de casarse con Alexander hace veinte años.

Creo que ahora sí me apetece un café con crema para digerir la historia que intuyo estoy a punto de escuchar.

CAPÍTULO 8.

Sin luz.

—Sara era una chica muy hermosa ...

Apenas siento el humeante café que desprende su olor bajo mis fosas nasales. Es extraño como las percepciones van variando según los acontecimientos. Una de las cosas visuales que me fascina desde que volví a ver es observar como la crema del café cae de la cucharilla en ese tono caramelo hasta aterrizar en el líquido oscuro levantando en su caída el peculiar aroma cafeíco. Ahora ni lo noto. Gabrielle parece haber entrado en trance.

— ... en realidad muy parecida a ti, querida, solo que ella tenía... - Sus palabras se detienen buscando la forma de proseguir sin lastimarme. —... tenía esa forma de comportarse que solo se puede aprender cuando naces en el seno de una familia muy rica.

—¿Los Middleton son más ricos que nosotros?

—Entonces lo eran mucho más. Maximilian y Sara eran los herederos de un imperio. Alexander se quedó totalmente fascinado al conocer a Sara.

—Pero Sara sería mucho más joven que él.

—Así es, Raven, no había tanta diferencia como contigo pero también era una hermosa jovencita que cautivó a tu marido por aquel entonces. Tiene dos años menos que Max.

—¿Y qué pasó, Sara no amaba a Alexander?

Curiosa la forma en que pregunto sobre los amores de mi marido sin sentir ni la más mínima puntada de celos.

—Sara lo amó con locura. Estaba dispuesta a renunciar a todo por Alexander.

—¿A todo qué quiere decir? —le pregunto realmente intrigada.

—A su fortuna, a su vida, a su familia... lo hubiera dejado todo por él.

—Entiendo que los Middleton no aceptaban a mi esposo.

—Eso es, Raven, tu marido estaba empezando a conseguir una pequeña fortuna pero para los Middleton era solo un oportunista que quería su sitio en la sociedad a costa de la joven Sara, así que hicieron cuanto fue posible por separarlos. Enviaron a Sara y a Maximilian a estudiar a Europa. Alexander no podía dejar su trabajo para seguirla así que no se vieron durante dos años. Se esperaron el uno al otro. Sara y Max regresaron convertidos en un flamante médico y una bellísima abogada. Tu esposo ya había amasado una fortuna con sus inversiones y Sara era mayor de edad. Los Middleton ya no podían hacer nada para impedir su unión, pero entonces ocurrió una terrible tragedia.

Dios, he tenido que tragar saliva, joder si sabe Gabrielle contar una buena historia.

—No te quedes callada, Gabrielle por dios, sigue. ¿Qué fue lo que ocurrió?

—El mismo día de la boda Sara Middleton murió en un accidente de tráfico.

Otro parón y casi me pongo a llorar.¡ Virgen Santísima! Lo que debió pasar el pobre Alexander. Me está conmoviendo tanto que creo que voy a ser incapaz de decirle que no me acuesto con él.

—Bueno ¿y qué más? —le pregunto impaciente.

—Eso es todo, querida, el resto que te lo cuente Alexander.

Gabrielle hace el ademán de levantarse y yo la agarro del brazo con esa fuerza que solo tenemos los cotillas cuando nos dejan a medias.

—Ni lo sueñes, Gaby, me lo vas a contar entero...¿qué más pasó? ,¿qué es lo que me debería contar Alexander?

Gabrielle suelta un profundo suspiro.

—No voy a admitir ninguna queja, Gaby, has empezado a contarme una historia que no te pertenece, tu misma has dicho que esto me lo tenía que haber contado mi marido, así que ahora desembucha por completo...¿qué más pasó?

Vuelve a sentarse y me dice:

—Está bien, querida, te lo contaré. El accidente de Sara Middleton no fue casual; los frenos de su automóvil estaban manipulados. Alguien quiso impedir la boda eliminando al novio.

—¿Cómo al novio? Me acabas de decir que ella murió.

—Claro, Raven, ella cogió el coche de Alexander contra todo pronóstico. El accidente estaba preparado para él pero fue ella la que murió.

—Dios mío, eso es un asesinato...

—Lo es, Alexander prácticamente enloqueció, primero cayó en un profundo silencio, después en una incontenible ira que le hizo jurar que algún día se vengaría de cada uno de ellos.

—¿No hubo ninguna investigación policial?

—Sí, pero no encontraron ninguna prueba que delatara al culpable. Todo el mundo sabe que solo pudo ser el padre de Sara, sobre todo porque apenas una semana después de enterrar a su hija se suicidó.

Me pongo las manos en la boca para contener el grito de espanto. Algo viene a mi mente en una de esas ocasiones en las que parece que te está hablando alguien desde fuera.

—¿Hay alguna foto en la que pueda ver a Sara Middleton?

—En esta casa no, querida, tal vez si Maximilian es tu amigo quiera mostrarte alguna imagen de ella, pero es un tema que deberías pensarte antes de sacar.

Esa sensación insidiosa me vuelve a golpear. ¿Qué tiene que ver toda esa historia conmigo? Hay algo que me estoy perdiendo y no termino de encontrarlo.

De acuerdo, mi marido odia a los Middleton y yo me siento atraída por uno de ellos (vale, sí, lo reconozco, me gusta Maximilian, pero ¿a qué mujer no le gustaría semejante caramelo de hombre?). A esto tenemos que sumarle que no he sido capaz de hacer el amor con Alexander y que Max ha salido prácticamente despavorido al escuchar el apellido Duval, y eso sin olvidarnos de que es muy posible que lleve los ojos de la esposa difunta de un Middleton.

La zozobra me vuelve a golpear esta vez de una forma nítida y clara.

—Gabrielle ¿de qué murió la esposa de Maximilian?

Nuevo silencio, nuevo suspiro, nueva mirada llena de solemnidad.

—Fue asesinada.

Dos palabras que caen como una losa contra la compasión que empezaba a sentir por Alexander.

—¿Qué pasó exactamente?

Mi voz es prácticamente un susurro mientras recuerdo que mi esposo había prometido años atrás vengarse despiadadamente de los Middleton.

—Parece ser que fue atacada, ella se resistió y le dieron un disparo en la cabeza.

La noche empieza a filtrar sus sombras mientras la cabeza me da vueltas. Muere Sara Middleton, muere su padre, y años después muere la esposa de Maximilian. ¿Todo esto tiene algo que ver con mi marido? ¿por qué me estoy enterando de esta historia ahora?, ¿por qué Gabrielle no me lo contó nunca?

—Eras una niña cuando todo eso ocurría, Raven —me responde ella.

—Y ¿también era una niña a la que no se lo pudiste decir antes de casarme con Alexander?

—No podía decirte nada, Alexander tiene toda esa historia sepultada y no quiere que viejas heridas salgan a la luz.

—Gabrielle, es posible que vea gracias a la muerte premeditada de otra mujer ¿no te parece una enorme casualidad que sea una Middleton?

Se levanta de la cama con un gesto decidido.

—Raven, no inventes, nadie ha dicho que la esposa de Maximilian fuera tu donante. En la vida hay muchas casualidades, esta puede ser una de ellas. No le des vueltas a todo este tema. Si quieres el consejo de alguien mayor que tu lo que debes hacer es decidir si estás dispuesta a vivir una vida como la esposa de Alexander Duval y debes decidirlo ahora.

El móvil suena sobre la mesilla de noche. Lo agarro con la mano mientras detengo a Gabrielle que quiere aprovechar el momento para irse de la habitación. Estoy segura de que ya se ha arrepentido de contarme toda la historia.

—Mi amor —la voz de Alexander suena decidida y risueña al otro lado del teléfono —ponte bonita si es que se puede ser más bonita

de lo que ya eres. Nos vamos a cenar. Llego en media hora.

No me da tiempo a responder. ¿No decía Gabrielle que me tenía que decidir ahora? Pues no he podido. Alexander ha expresado su deseo... ¿o debería decir orden?... y ha colgado el teléfono. Otra vez me siento mal por mi falta de personalidad, otra vez me siento mal por no saber decir "no".

Una nube cruza sobre la luna ensombreciendo el dormitorio y lo deja lleno de rincones sin luz... sin luz como estaban mis ojos antes de que la esposa de Maximilian muriera... sin luz como está ahora mi corazón al advertir que no sé nada de la vida del hombre con el que me he casado.

CAPÍTULO 9.

Guapa.

Un suave vestido de seda cubre mi cuerpo mientras Alexander me abre la silla como todo un gentleman para que me siente de forma que quedamos uno frente a otro.

Me siento guapa. Que diferente me resulta todo cuando apenas seis meses antes no habría podido mirar mi imagen en un espejo. Ahora veo a una mujer joven, con la piel tersa y limpia, solo un poco de rubor en las mejillas y algo de brillo en los labios componen mi maquillaje. El cabello me cae en una suave cascada de ondulaciones castañas y el suave tejido de la carísima tela que me cubre se adhiere a mis curvas mostrando una figura femenina y juvenil.

Me doy cuenta de que somos un foco de atención. Ya he visto como varias mesas se han girado para mirarnos. ¿Es la diferencia de edad o es que todo el mundo sabe quién es Alexander?

El trato que nos dispensan no deja lugar a dudas; mi marido es un pez gordo, más que gordo me atrevería a decir obeso, porque no solo veo cortesía o lo que yo llamaría en mi lenguaje, peloteo, veo un comportamiento que va más allá del respeto. No quiero cometer la osadía de llamarlo "temor" pero, desde luego, se parece mucho.

Yo no le tengo miedo a Alexander, llámame loca, pero ahora mismo me siento indignada. Cuando he salido de casa he repetido una y otra vez el mantra "no perderé las formas, soy una mujer serena y segura de sí misma".

—¿Por qué cojones no me habías contado lo de Sara Middleton?
—A la mierda el mantra.

Alexander traga con dificultad, no se atraganta porque tiene mucha clase pero le cuesta tragar.

—¿Es necesario que hables de forma tan vulgar?

Vamos a ver si entendemos las cositas... me educó él ¿verdad?. Él asumió mi vida, mi educación, mis gastos, mi comportamiento... si ahora no le gusta la responsabilidad es suya.

—No desvíes el tema —le digo —quiero saber porqué me tengo que enterar de la historia con Sara Middleton por Gabrielle.

Ya sé que no debería haber dicho su nombre, es lo que se llama "matar al mensajero" pero ¿quién me lo podría haber contado si no hubiera sido ella? Es un puzzle de dos piezas, me digo a mí misma para tranquilizar mi conciencia por haber arrojado a Gabrielle al pie de los caballos.

—¿Qué es lo que te ha contado? —La pregunta suena en un tono neutro, pero yo soy especialista en encontrar matices. Diez años de invidencia me dieron ese talento. Sé advertir cuando alguien aparenta serenidad mientras que la furia arde en su interior. Todos los ricos suelen hacerlo. Para ellos la apariencia es lo más importante.

—Todo, Alexander, me lo ha contado todo y lo que quiero saber es porqué no me lo has contado tú.

—No necesitabas saberlo.

—¿No necesitaba saber que mi esposo estuvo a punto de casarse diez años atrás con una mujer que perdió la vida el mismo día de su matrimonio?

Alexander introduce en su boca un trozo de pescado sin que se le mueva una pestaña. Mastica con serenidad, no tiene ninguna prisa en contestar. Solo después de saborear el puto pescado se digna a mirarme y me dice tranquilamente:

—No, Raven, si analizas tu pregunta tu misma comprobarás lo absurda de la misma.

Dejo mis cubiertos sobre el plato haciendo que el chasquido haga girar varias cabezas. Me desespero cuando alguien me hace sentir como una estúpida sabiendo que tengo yo la razón. Cinismo es como se llama eso.

—Puede que sea joven, mucho más que tú, puede que no tenga mundo ni experiencia pero no soy idiota, Alexander. Lo que ocurrió con Sara Middleton tiene demasiado peso en tu vida como para

pasarlo por alto. ¿Qué clase de matrimonio vamos a tener si no tienes confianza en mí?

—¿Matrimonio? —me dice y siento por primera vez como sus sentimientos empiezan a salir a la superficie —así que tu y yo tenemos un matrimonio, pues no me he dado cuenta, querida, te recuerdo que me fui de viaje sin saber que tenía una esposa y parece ser que esta noche estás haciendo todo lo posible porque siga sin ... conocerte.

Un momento... ¿me está diciendo que hago esto premeditadamente para no acostarme con él?, ¿pero cómo puede ser tan retorcido?

—Si no quisiera acostarme contigo te lo diría claramente, no me valdría de ninguna excusa y tú no tendrías más remedio que respetarlo.

Me mira fijamente mientras inspira una bocanada de aire con profundidad. Estoy ganándole, no hay nada que desee Alexander con más urgencia que acostarse conmigo. Lo veo en sus ojos. Sé que me desea locamente pero cuando ya me siento vencedora en una discusión en la que no me ha dicho nada sobre la Middleton entra en escena una bonita mujer que lo saluda con entusiasmo.

—Alexander, querido, cuánto tiempo que no te veía.

Seguro que has visto películas en las que una mujer de pechos exuberantes habla con demasiada confianza con el novio/marido/candidato de una chica más normal. Es exactamente así. Es hermosa, tiene buenos pechos, derrocha clase... vamos, todo lo que yo no soy.

—Esta chica es la joven a la que has convertido en tu esposa ¿verdad?

¿Por qué noto un tono irónico en su voz?

Alexander asiente sin dejar de sonreír.

—Raven, te presento a Belinda Wells.

Patético el momento en el que me levanto para darle un par de besos en sus mejillas. Tiene como unos diez centímetros más que yo. Rubia, rubísima como todas las malas. En su cara veo la satisfacción de mi insignificancia a su lado. Pone su mano sobre el hombro de Alexander y dice:

—Tenemos que vernos para hablar de un negocio, querido.

Sí claro, el negocio ya sé yo cual es, zorra, pero lo que más me subleva es que el no hace nada por parar la desproporcionada confianza de ella.

—Te llamaré —le asegura él.

Me voy sintiendo pequeña en mi asiento mientras ellos continúan hablando como si yo no estuviera delante. Ya no entiendo lo que dicen, solo escucho la risita de ella y veo los ojos brillantes de él. Ahora seguro que empezaré a desenfocar por culpa del stress y encima quedaré como una idiota delante de la lagarta. Miro hacia la barra del restaurante para comprobar si veo bien, y sí, veo bien, veo tan bien que advierto un par de ojazos azules que me miran. Los ojos van acompañados de un cabello rubio y una postura segura. Maximiliam Middleton observa la escena que yo me niego a mirar con una extraña expresión.

Y algo se apodera de mí. No sé si es rabia, falta de autoestima o sencillamente dignidad, el caso es que decido darle a Alexander donde más le duele.

Me levanto, ignoro mi pequeñez frente a un mujerón como Belinda y comienzo a caminar hacia Maximiliam Middleton como si fuera la más hermosa de las mujeres. Y él, hasta entonces con un gesto inexpresivo, frunce su ceño.

CAPÍTULO 10

A cinco centímetros de un beso.

—Yo de usted volvería a la mesa y besaría a su marido delante de Belinda.

La voz de Maximiliam no suena risueña. No le divierte la escena y me está dando un consejo. Lo miro con el propósito de agradecerle su ayuda pero mis ojos ya no enfocan bien, me he puesto nerviosa y mi visión somatiza negándome aquello que no quiero ver.

—Sáqueme de aquí, por favor...

Si hubiera podido ver su cara habría notado la ternura de sus ojos. Echa un vistazo a la mesa donde Alexander se despide de Belinda.

—Su marido va a matarme si me la llevo de aquí. No se vuelva pero en este momento ignora a Belinda y tiene los ojos clavados en su espalda.

—¿En la mía o en la de Belinda?

—En la suya, Raven, Belinda solo es alguien que levanta su ego, en cambio usted es su posesión.

—¿Se supone que eso debería halagarme?

—Desde luego que no, debería asustarle.

Me río en voz alta... en voz lo suficientemente alta para que Alexander me mate con la mirada.

—Así que ahora debo asustarme de mi propio marido...

—Al menos debería tener la precaución de no levantar sus celos.

Esto es la polla, es decir, él si puede hablar con una cochina y mirarla libidinosamente en mi presencia pero yo tengo que evitar que sienta celos. Pues me parece a mí que mi matrimonio va a durar menos que un caramelo en la puerta de un colegio.

De repente Maximilian me agarra del brazo con firmeza y dice:

—Está bien, nos vamos...

—Pero...

—Su marido viene hacia aquí y, francamente, tengo miedo de que monte una escena. Ahora no se ponga respondona que usted me lo ha pedido.

Bueno, pues sí, yo se lo he pedido, pero mi idea era otra, yo quería dar celos no quedar como una mojigata.

Momentos después me subo al coche de Maximilian que me lleva a algún lugar. Oh, dios, espero que no me lleve a su casa. Empiezo a enfocar bien y puedo verle la cara. Joder, que perfil de Dios romano... no se puede negar que es guapo hasta decir basta. De repente me acuerdo de las palabras de Gabrielle "si quieres ver una foto de Sara Middleton se lo tendrás que pedir a Max"... Gabrielle lo llamaba Max en la conversación que mantuvimos, como si ellos hubieran tenido algún tipo de relación amistosa.

—Max ... ¿puedo llamarle así? ... es que Maximilian es tan largo y pomposo —le digo.

—Usted no pierde jamás la oportunidad de irritarme, ¿verdad, Raven?. Le hago saber de una vez por todas que solo soy responsable de mis actos, no de mi nombre ni de mi apellido. Y por cierto a mí tampoco me agrada su nombre, no le pega con su cara.

—¿Cómo... y qué nombre me pega según usted?

—No lo he pensado pero algo como Lucy, Jane, Mary...

—Un nombre vulgar ¿no?

—Un nombre sencillo —me corrige.

—Ya —le contesto evidenciando mi malestar.

—A mí me gustan los nombres sencillos.

—Sí, claro, su nombre es una muestra de sencillez y naturalidad.

—M está sacando de quicio otra vez.

—Me llaman Max. ¿Hay algo más sencillo que Max?

Suspiro.

—Me cansa usted, Max, me cansa ...

El bucle de su carcajada llena el espacio del coche y se mezcla con su olor... un olor a maderas húmedas, penetrante, agradable, misterioso.

—Me gusta Sara —le digo evocando el nombre de su hermana para conseguir un hilo del que tirar y pedirle que me muestre una foto. —Si hubiera podido elegir un nombre para mí misma hubiera elegido Sara.

No dice nada. Es como si la mención del nombre le trajera recuerdos amargos.

—¿Usted tuvo una hermana que se llamaba Sara, verdad?

—Verdad —responde secamente.

—¿Cuántos años hace que murió? —Sé que no de insistir pero me muero por ver el rostro de la mujer que estuvo a punto de casarse con mi marido.

—¿Por qué no se lo pregunta a su Alexander, Raven?

Adivino una furia contenida en su voz. Está bien, voy a ser honesta.

—Porque mi marido no me hablaría de ella jamás. No lo hizo nunca. Sé su historia con Sara porque me la contó Gabrielle. ¿La

conoce?.

—Claro, Gabrielle era una gran amiga de mi hermana.

—Quisiera ... me gustaría mucho ver una foto de su hermana. Discúlpeme, sé que debo estar lastimándolo abriendo recuerdos tan dolorosos. Si Gabrielle hubiera tenido una foto de ella no le estaría molestando con mis preguntas pero no hay en mi casa ni un solo recuerdo de ella. Gabrielle me contó que Alexander se deshizo de todos ellos para poder olvidarla.

Max aumenta la velocidad del vehículo. Joder, espero no haber despertado la bestia que lleva dormida en su interior. Me domina el pánico y mis ojos empiezan a desenfocar. Me toco las sienes con las yemas de los dedos. La sensación es angustiada.

—¿Se encuentra bien? —le escucho preguntar.

—No, no me encuentro bien. Tengo un problema con mis ojos. Cuando me pongo nerviosa desenfoco.

Reduce la velocidad del vehículo hasta detenerlo. Me agarra las manos que aún tengo apoyadas sobre las sienes y siento el calor de su piel sobre la mía.

—No tiene motivos para estar nerviosa —me dice. Baja con delicadeza mis manos y sosteniéndolas con las suyas me mira a los ojos. —Raven, usted tiene unos ojos tan ...

—Lo sé... tan parecidos a su difunta esposa.

—Iba a decir tan hermosos.

—No me ponga más nerviosa con sus intentos de seducción que desenfoco más.

—No estoy intentando seducirla.

—Ah vale, muchas gracias.

—No hay manera de quedar bien con usted, Raven, ¿prefiere que le diga que me gusta o que no me gusta?

—Que le gusto. —Confieso que en ocasiones mi espontaneidad me juega malas pasadas.

—Está bien pero luego no me reproche nada. Me gustan mucho sus ojos, Raven, son profundos, sinceros, honestos, libres...

—¿Solo mis ojos, el resto de mi cuerpo no? Es usted todo un caballero, Max.

Que conste que la conversación se produce sin que yo lo mire a la cara. Sí noto la mirada de él fija sobre mí, pero yo estoy demasiado ocupada tratando de recuperar mi visión normal así que no tengo tiempo de ponerme nerviosa con la conversación que mantenemos.

—El resto de su cuerpo también me gusta.

Hala, hala, hala... no me creo yo ni por un momento que este pedazo de tío esté interesado en mí. Seguramente sea por eso por lo que respondo con un desparpajo que no es habitual en mí:

—Adelante, no se detenga...¿le apetecen más mis labios o mi nariz?

—Ambas cosas por igual, también me apetece su cuello y todo lo que hay de hombros hacia abajo.

No lo estoy mirando pero noto que está más cerca de mí. En realidad, peligrosamente cerca de mí.

—Le recuerdo que me dijo que no era su tipo .

—Le mentí para que se confiara.

Ahora soy yo la que no puede reprimir la risa. No me extraña que sea un viudo codiciado. Este hombre es una tentación.

La carcajada hace su efecto benéfico sobre mis nervios y comienzo a enfocar. Veo su rostro. Esta solo a unos cinco centímetros del mío. A cinco centímetros de un beso. A cinco centímetros de morirme de deseo...

Siento su mano bajo mi mentón y levanta mi cabeza hacia su mirada.

—Ahora sí lo enfoco bien —le digo ignorando que su boca está más cerca aún.

—Yo también la tengo enfocada.

—Hablo de los ojos, Max, no se emocione.

Se retira con rapidez tras mi respuesta. Soy única para arruinar los momentos mágicos. ¿Qué hubiera hecho una mujer como Belinda? Seguro, segurísimo que no se habría perdido un beso de la boca de Max Middleton. De pronto me doy cuenta de que imaginármelo con él me pone celosa. ¿No había dicho antes su nombre con demasiada familiaridad?

—Si quiere lo beso cuando me enseñe la foto de su hermana.

Contrae un gesto incómodo y arranca el coche. Se mantiene en silencio hasta que llegamos a una casa imponente de fachadas en suaves cremas.

— Le enseñaré la foto.

— ¿Esta es su casa?

— ¿No tendrá ahora miedo de entrar?

— Por supuesto que no. Yo solo entro para ver una foto de su hermana.

— Eso es.

— Usted, Max, solo va a hacer eso, enseñarme la foto y punto.

— Naturalmente, solo la foto y nada más.

— Ni me va a besar ni nada.

— El beso lo ofreció usted, Raven, yo no se lo pedí.

— Ya pero es que lo he visto muy predispuesto con todo ese rollo de lo que hay de mis hombros hacia abajo.

— Usted quería saber si me gustaba, yo solo le respondí.

— Pero no hacía falta ser tan explícito.

— Es usted inaguantable, Raven.

— Me lo han dicho muchas veces... ¿me va a enseñar la foto?

Suspira y sale del coche. Se dirige hacia mi puerta y la abre. Ofrece su mano para ayudarme a salir. Acepto su ayuda.

— Perdone lo de mi visión —le digo tratando de arreglar un poquito la situación —es algo que no puedo dominar, hace apenas seis meses era ciega, soy trasplantada de corneas, cristalinos y retinas. Es una secuela del trasplante.

Algo le hace tragar saliva y preguntar:

— ¿Hace seis meses?

— Sí, eso era lo que hacía en el INCUCAE, tratar de buscar a mi donante para ponerme en contacto con su familia.

Definitivamente soy una bocazas que acaba de decir algo que hace que su rostro se contraiga de dolor. ¿Es lo mismo que yo estoy pensando?, ¿es posible tanta casualidad?

CAPÍTULO 11

Como el agua de lluvia.

No puedo creer la casa enorme que tiene Maximilian Middleton. Es realmente impresionante, digo la casa, claro que él también lo es. Ni todo el dinero de Alexander ha conseguido tener una casa tan bellamente decorada y amplia. Transmite de inmediato una serenidad y, a la vez, de forma paradójica en medio de tanta elegancia, una naturalidad que no había sentido nunca antes en una casa donde se huele el dinero en cada rincón.

Supongo que la casa es una proyección del mismo Max. Rico pero sencillo y natural como el agua de lluvia.

—Mi esposa donó sus ojos hace seis meses. Fue asesinada. Cuando murió me llamaron para que diera mi autorización. Lo pensé mucho pero finalmente tomé la decisión de dar mi consentimiento. Pensé que a ella le gustaría que sus ojos hubieran seguido viendo tanta belleza en los ojos de otra persona.

Mi cabeza da vueltas. Él está pensando lo mismo que yo.

—¿Sabe usted que podría ser yo la que llevara sus ojos, Max?

Se acerca a mí y vuelve a repetir el gesto que hizo en el interior del coche. Levanta un poco mi mentón y pone sus labios a pocos centímetros de mi boca.

—Cuando la miré por primera vez sentí como mi corazón se aceleraba. Usted lleva sus ojos. Estoy seguro de ello y no voy a parar hasta comprobarlo.

—Bueno, eso no cambiaría nada. No la recuperará a ella por mirarme a mí.

—A ella no la perdí, siempre estará en mi corazón, pero a usted puedo seguir mirándola, solo mirarla, se lo prometo.

Me doy cuenta como sus ojos han bajado la mirada hasta mis labios. En mi vida me he sentido tan nerviosa como en este momento. Ahora ya sé lo que se siente cuando estás cerca de un

hombre que te gusta y es muy diferente de lo que siento por Alexander. Tiemblo como una hoja de papel solo de pensar que puede besarme.

—No creo que a Alexander le guste que me esté mirando todo el tiempo.

—Intentaré no hacerlo delante de él para no crearle problemas.

¿Se puede amar de esa manera? ¿se puede amar hasta el punto de que te conformes con la contemplación de alguien que tiene unos ojos parecidos a la persona amada? No sé donde he leído que los hombres se enamoran una y otra vez de mujeres con aspectos parecidos. Recuerdo que cuando lo leí me dediqué a recordar todas las novias que habían tenido personas que me eran conocidas pero entonces era una niña y no pude cotejar la información. Tal vez le pase eso a Max. Algo de mí le recuerda a ella y por eso me quiere mirar. ¿Está mal que lo haga teniendo en cuenta que estoy casada?

—Recuerde, Max, que he venido aquí para que me enseñe la foto de su hermana.

—Mire a su alrededor después.

—¿Después de qué?

—De que la bese.

Acerca su boca a la mía. Dios, voy a morir de amor, de deseo, de algo que desconozco pero que hace que mis piernas tiemblen y mi vientre se vuelva de fuego. Acerca sus labios a los míos y, lentamente, los separa con los suyos. Siento como introduce su lengua en mi boca mientras sus manos agarran mi cintura para acercarme a su cuerpo. ¿Cómo puede hacer tantas cosas a la vez? A mi apenas me da la mente para concentrarme y no hacer el ridículo con mi maldita inocencia mientras me besa. Oh dios, que dulce sabe, que lengua caliente y juguetona que investiga mi boca.

—Que dulce eres, Raven. —Espero que no lo diga por el ridículo temblor que zozobra mi cuerpo y que, sin duda, debe estar notando.

De mis labios baja al cuello. Siempre he escuchado decir que el cuello es ese gran desconocido para los hombres, que lo obvian, lo ignoran, que la tentación de unos pechos femeninos es tan arrebatadora que no se pueden demorar en el olvidado cuello. Pero

Max está haciendo ahí de las suyas. No sé que hace, que movimiento perverso hace que sienta calor y escalofríos a la vez. Esto no lo sabe hacer Alexander, estoy segura. Claro que tampoco lo sé, no le he dado la oportunidad.

Me muero de la vergüenza cuando un gemido se escapa de mi garganta. Sonido que lo hace mirarme con los ojos llenos de deseo. O paro esto ya o va a llegar hasta el final. Me avalan miles de novelas de amor que leí con el tacto de mis dedos. Si no paro, pasa, y no debe pasar.

Pongo las manos sobre su pecho y lo empujo hacia atrás.

—Ya te pagué con un beso y ni siquiera vi la foto de tu hermana.

Parece que le hubieran echado un jarro de agua helada en pleno invierno. Juro que me da hasta pena su expresión lastimera como si lo hubiera parado en el mejor momento. No me atrevo ni a bajar la mirada no vaya a ser que me encuentre con un bulto entre sus piernas y empiece a temblar otra vez como una loca.

Llena sus pulmones de aire para relajarse y dice:

—Mira a tu alrededor, Raven, esto está lleno de fotos de las dos difuntas ; mi hermana Sara, la pelirroja, y mi mujer, Melisa, la castaña. Te dejo sola durante unos minutos para que puedas observarlas con tranquilidad.

Y desaparece. Desaparece para tranquilizarse, o para darse una ducha de agua fría, o para usar cualquier método que calme sus ardores, pero la cosa es que desaparece para eso. Puede que yo sea una virgen tonta y vieja ya para serlo, con veintidós años dudo que queden muchas vírgenes sobre la tierra, salvo que sean devotas y asuman la castidad antes del matrimonio, pero vamos, que no es mi caso, yo no he conocido a ningún otro hombre que no sea Alexander, mi vida no ha sido normal, no he tenido vida social por mi ceguera, así que sí, lo seré, seré esa virgen tonta y vieja pero me basta y me sobra para saber que ha ido a tranquilizarse un poco después del calentón.

¿Y yo?, ¿qué hago para tranquilizarme yo? Supongo que no sería conveniente que preguntara por una ducha. Un hielo puede que sirva pero si entra Max en ese momento las carcajadas van a sacudir la casa. Yo tengo que actuar como si para mí fuera lo más

normal del mundo que un hombre alto, guapo, rubio, de ojos azules, de hoyuelo en la barbilla ... me besara así constantemente. Después de todo ¿ no tengo un marido guapo? Alexander es guapo, mayor para mí, pero guapo y Max no tiene porqué saber que no me he acostado aún con él.

Max... ¡Qué familiaridad, oye! Y pensar que hace un momento nos hablábamos de usted. Es que un beso puede cambiar una vida. Digo yo, que no lo sé. Desde luego el trato formal sí lo cambia. Qué historia rara la nuestra. Primero nos tuteamos, después se entera de que soy la señora Duval (que suena gordo incluso en mis oídos) y me trata de usted, y ahora me besa y vuelve a tutearme. Me inquieta saber cómo me llamaría si hiciéramos el amor... ¿cariño, amor, puta?

La palabra de cuatro letras se fija en mi mente. Pero ¿qué es lo que estoy haciendo? Yo no debería estar ahí. No debería dejarme besar por otro hombre. A Gabrielle no le gustaría esto. Ella me diría que está mal. Que si no amo a Alexander lo detenga todo cuanto antes pero que no mienta, que no engañe, que no sea deshonesto.

Apenas me da tiempo a echar un vistazo a las dos mujeres que cuelgan de las paredes del salón. Hermosas ambas. Sara tiene el cabello más hermoso que he visto en mi vida. Melisa, los ojos más bonitos del mundo. Si Max me ha besado esta noche es por eso, porque llevo sus ojos, o eso pensamos, en cualquier caso porque le recuerdo a ella, no por mí.

Salgo del salón y deshago mis pasos por el pasillo hasta llegar a la puerta. La abro y me voy. No sé porqué pero tengo ganas de correr, de huir de allí lo más rápidamente posible. No tengo miedo de Max, tengo miedo de mi conciencia.

Aligero el paso, corro, me doy cuenta que olvidé la chaqueta y siento el viento que toca helado mi piel. Advierto como mis cabellos trotan sobre mis hombros mientras muevo ágilmente mis piernas en la veloz carrera que me aleja tanto que no escucho como Max, en el interior de su casa, dice mi nombre en voz alta al descubrir que no estoy.

—Raven, no te vayas.

CAPÍTULO 12.

No quiero.

Si mi mente había imaginado en el camino hacia casa que me iba a esperar un marido furioso reclamando explicaciones estaba muy equivocada porque acabo de llegar a mi dormitorio y Alexander está tranquilamente durmiendo sobre su cama. Miro su gesto y es la expresión de un hombre tranquilo. ¿Ni siquiera se ha preocupado al ver a su mujer marcharse con otro hombre?

Abro el armario sigilosamente para no despertarlo y busco en los cajones un cómodo pijama de algodón de los que suelo usar. No hay ninguno. Repito...S.O.S... no hay ningún pijama. Ni el de corazones rosas, ni el de conejitos, ni el de los osos comiendo miel de los árboles... ¿dónde cojones están mis pijamas? Sigo abriendo cajones como loca en busca de mi ropa de dormir. Entonces veo algo que me hace un chip en la cabeza. ¿Qué es toda esta ropa de tela suave que está en el lugar de mis confortables pijamas de algodón? Cojo una de las prendas y la examino. Un delicado camisón de seda con encajes que parece más bien para una noche virginal que para dormir calentita. Dejo caer la prenda al suelo y agarro otra con el corazón acelerado. Otro saltito de cama lleno de suaves lazos de seda.

Cojo el móvil de mi bolso y marco el número de Gabrielle mientras salgo de mi dormitorio.

—¿Qué ha pasado con mis pijamas?

Al otro lado escucho un suspiro.

—Gabrielle —insisto —¿qué ha pasado con mi ropa?

—Alexander pidió que pusiéramos esa ropa ahí.

—¿Y la mía?

—Me temo que en algún hogar para pobres, querida.

Me quedo con el teléfono en la mano. Supongo que debo tener ahora mismo la cara de una idiota, de una gilipollas, de una pendeja,

de una mujer boba y estúpida que se ha casado con alguien a quién realmente no conoce.

Me siento en el sofá y advierto una caricia suave sobre mis hombros.

—¿Lo pasaste bien con Maximilian Middleton, mi amor?

Con que facilidad dice Alexander "mi amor" .

—¿Y tú con tu Belinda?

Suena una carcajada ronca que se escapa de su garganta, pero no es como una carcajada de Max, penetrante, pícara pero dulce a la vez, es una carcajada que da escalofríos.

—Belinda solo es una mujer hermosa que en algún momento calentó mi cama, Raven, nada más que eso.

—Yo la vi muy dispuesta a volverse a meter en ella.

—Ella se comporta así siempre —dice mientras se sienta a mi lado —es su forma coqueta de dirigirse, no es a mí particularmente, se comporta así con todos los hombres.

—¿Eso debería tranquilizarme? A mí no me gustan los hombres que estando conmigo le prestan más atención a otras mujeres que a mí.

Desliza su mano del hombro hasta el cuello y llega hasta mi mejilla.

—Raven, eres salvaje como un diamante en bruto, me gusta tu espontaneidad.

No me gusta lo que está haciendo. Su forma de hablar lleva implícito algo que no sé definir pero que no me gusta. Cuando pasan estas cosas se dice que es la intuición la que te avisa de que salgas corriendo. Sin embargo, las mujeres nos empeñamos en ignorar esa intuición porque tratamos de racionalizarlo todo. Es una pena. Estamos dotadas de ese sexto sentido para protegernos de cosas que nos pueden lastimar.

—A ti te vi muy entusiasmado también con ella. Te comportaste como si yo hubiera dejado de existir.

—Eres muy niña para entender algunas cosas, pequeña —me dice y esta vez agarra mis dos manos y las sostiene entre las suyas .- Las mujeres como Belinda son llamativas para todos los hombres y existen en todas partes. Son hermosas, pícaras, les gusta

coquetear y no exigen ningún compromiso a los hombres pero no es el tipo de mujer por el que abandonaríamos a una esposa. ¿Lo entiendes?

Qué asco, de verdad, me está dando asco escucharlo.

—Entiendo que para ti no tiene ninguna importancia lo que ha sucedido esta noche.

—No la tiene, Raven, Belinda es una mujer que levanta el ego de cualquier varón, pero solo eso, como mucho podría llegar a algún encuentro casual ocasional, jamás a ser algo serio en la vida de un hombre, al menos no en la mía.

—¿Te has acostado con ella alguna vez?

Mete sus dedos por debajo de mi cabello a la altura de la nuca. No me gusta la sensación de vulnerabilidad que estoy sintiendo. Si quisiera besarme solo tendría que sostener mi cabeza para obligarme a hacerlo.

—Me he acostado con ella muchas veces, pero mi esposa ahora eres tú. Es a ti a quien quiero hacerle el amor.

Intento retirar mi cabeza para que no se siga acercando pero no lo consigo. Alexander ha apoyado sus labios contra los míos e intenta abrirlos con su lengua para penetrar mi boca. Yo los aprieto. Eso debería servir para disuadir a cualquier hombre... creo pero no lo sé. Noto como su mano baja hasta el cuello y de ahí va a mi escote. Me va a tocar, sé que me va a tocar y no quiero que lo haga. Llega hasta mi pecho y palpa su blandura.

—Quiero verte desnuda —me susurra al oído mientras con su mano aprisiona mi otro pecho y lo acaricia.

Me aparto. Me retiro. Me levanto. Miro su cara de sorpresa y salgo corriendo del salón.

No quiero estar con él, no puedo estar con él, no me gustan sus besos, no me gusta como justifica el comportamiento de Belinda, no me gusta que me presionen para hacer lo que yo no deseo hacer.

Y me meto en el dormitorio que comparto con él pero pongo el cierre de seguridad de la puerta. Momentos después Alexander intenta entrar, veo como se mueve el pomo y, finalmente, tras un minuto angustioso para mí, decide desistir.

La noche se hace larga, muy larga mientras pienso que debí salir corriendo cuando me dirigía hacia el altar.

CAPÍTULO 13.

Puertas cerradas.

Me despierto con la cabeza perdida. Durante toda la noche he estado soñando que estaba dentro de una casa en llamas. Es curioso como algo que no me atormentó en su momento ahora que he recobrado la vista coge más fuerza en mis recuerdos que asoman en forma de sueños inquietantes.

Me levanto y abro de nuevo el armario para comprobar como mis ropas cómodas y sencillas han sido sustituidas por camisones y lencería de cama que parece totalmente ajena a mí. No es que sea de esa clase de mujeres vulgares que desestiman algo femenino y suave, o algo sensual y provocativo, pero sinceramente me gustaría descubrir todas esas cosas por mí misma sin que nadie me las impusiera.

Gaby entra con una sonrisa de par en par en su cara madura pero hermosa. Sus grandes ojos de pestañas kilométricas parpadean mirando hacia el interior del armario.

—Parece que nos están cambiando de estilo ¿no, querida?

—Esto no tiene ninguna gracia, Gabrielle. ¿Dónde está mi ropa?

—Debe de estar ya en algún contenedor de basura.

La observo mientras pronuncia esas palabras.

—¿Y a ti te parece bien?

—Raven, ser la esposa de Alexander Duval tiene muchas ventajas y supongo que algún que otro inconveniente.

—Ya, y uno de ellos es dejar de ser yo misma para convertirme ... ¿en qué, Gaby?

—En una señora de alta sociedad, Raven, simplemente eso.

No puedo dar crédito a sus palabras. ¿Dónde está mi Gaby?, ¿dónde está la mujer que me dijo que si no lo deseaba realmente no me casara con Alexander?

—Querida, anoche no tuviste el mejor de los comportamientos ¿no crees?

Vuelvo a parpadear. Que me pellizquen, que me tiren un jarro de agua fría para que me despierte de una vez.

— Te fuiste del restaurante donde cenabas con tu marido del brazo de Maximilian Middleton.

—No lo hubiera hecho si mi marido no hubiera devorado con los ojos a la señorita Belinda ...como se llame.

—Wells, se llama Belinda Wells y no tiene ninguna posibilidad con tu esposo así que tranquilízate.

—Estoy muy tranquila, Gaby, si Alexander no me respeta yo no tengo porque respetarlo a él.

—Me parece que te excediste, querida, no regresaste hasta bien entrada la madrugada.

—¿Y tú como lo sabes?

—Toda la casa lo sabe, Raven, aquí no hay manera de guardar un secreto.

—¿Ah, no? Primera noticia porque si no es porque Max me muestra una foto de su hermana Sara no tendría ni idea de cómo es la cara de la mujer que años atrás estuvo a punto de casarse con mi marido.

Gabrielle emite un profundo suspiro.

—Te propongo algo, Raven, vamos a hacer un cambio de look.

Me muestra una caja que lleva entre las manos. En ella veo la imagen de una chica de pelo rojizo.

—¿Te propones teñirme el cabello? —Ella asiente. -¿De color rojo? —Vuelve a asentir.

Una carcajada de indignación sube a mi garganta.

— En esta casa estáis todos locos, Gabrielle, mírame bien porque creo que tengo que recordarte algo. Me llamo Raven O'Connell, esta que ves soy yo, tejanos, camiseta y zapatos deportivos, tengo el cabello castaño y los ojos azules. No soy Sara Middleton. No lo voy a ser y no me voy a prestar a un juego macabro.

—¿No te parece que estás exagerando, Raven? Millones de mujeres en el mundo entero llevan el cabello coloreado. ¿Qué

extraña asociación haces con la difunta hermana Middleton?

—Extraña asociación, dices... Gaby ¿qué coño te pasa? ¿Con qué te ha manipulado Alexander para que te comportes de esta manera? Hace dos días me estabas advirtiéndome de que me pensara muy bien si deseaba realmente ser su esposa y ahora pareces una lunática quitándole importancia a todas estas extravagancias.

—Querida Raven ...

—Querida un cuerno —la interrumpo con la voz medio tono más alto del habitual —no es normal que mi ropa desaparezca para llenarme el armario con la ropa de una difunta, tampoco lo es que queráis ponerme el mismo cabello que ella... ¿qué va a ser lo siguiente?, ¿vais a operar mis cuerdas vocales para que tenga su voz?

—Raven, yo te avisé de que ser la esposa de Alexander Duval no sería fácil. Te repetí hasta el cansancio que si no lo amabas te alejaras de él pero tu preferiste seguir con todo esto cuando era evidente que no lo deseabas. Puede que ahora sea demasiado tarde para echarte atrás. Déjame aconsejarte. Yo sé de qué manera puedes conseguir de Alexander todo lo que te propongas sin ponerte en riesgo.

—Explícame qué quiere decir exactamente sin ponerte en riesgo.

—Sin sentir todo esto que ahora te indigna, mi querida, estas excentricidades son propias de Alexander.

—¿Y dónde estabas tú para avisarme?

—Lo hice.

— No lo hiciste, Gaby, te limitaste a expresar una advertencia muy tibia que en nada presagiaba un trastorno. Porque esto, mi querida amiga, es un trastorno por si no te has dado cuenta y flaco favor le haces a Alexander encubriendo sus delirios.

Camino hacia la puerta. Ni por asomo pienso dejarme tocar el cabello para ponerlo igual que una muerta a la que un hombre no ha conseguido olvidar. Camino escaleras abajo con la determinación de salir de casa para tomar el aire. Agarro el picaporte de la puerta de salida y me quedo con la mano pegada a él. Está cerrada. Muevo la llave en la cerradura. ¡¡ Está cerrada por fuera ¡¡

—¿Quién cojones ha cerrado esta puerta? —grito sin saber quién me puede escuchar.

Una de las empleadas llega temerosa hasta donde estoy.

—La ha cerrado el señor Duval, señora, me dijo que se estaban produciendo muchos robos y que prefería que usted permaneciera en casa hasta que él llegara.

Otra puta locura. ¿Qué tiene que ver que haya robos con que yo salga de casa? Vamos a ver, no tiene ninguna lógica.

—¿Cómo se llama usted? —le pregunto.

—Se llama Maggi —me dice Gabrielle que ha llegado hasta el salón. —Puedes retirarte, Maggi —le dice a mi empleada.

—No, no puedes retirarte, Maggi. La señora de la casa soy yo, no Gabrielle. —Gaby levanta sus hermosas cejas en un gesto interrogante que no sé descifrar. ¿Está orgullosa de mi soberbia clasista o enfadada por mi desplante? Decido prescindir de la respuesta y vuelvo a dirigirme a la empleada. —¿Se da usted cuenta, Maggi, de que si ocurriera algo no podríamos salir de casa?

—Raven, por el amor de Dios ¿qué va a ocurrir? —dice Gaby con los ojos en blanco.

—Estoy hablando con ella, no contigo, Gabrielle. Respóndame, Maggi ¿se da cuenta de que estamos encerradas y si ocurriera alguna desgracia en casa no podríamos salir?

—Señora Duval, yo no estoy aquí para cuestionar las órdenes que se me dan, solo estoy para cumplirlas. El señor dijo que...

—Me ha quedado claro lo que le dijo el señor. Ahora quiero saber lo que piensa usted. Olvídense de que trabaja como empleada y deme su opinión, le garantizo que nadie la va a echar de aquí y que conservará su empleo. ¿Le parece a usted normal que estemos encerradas?

Maggi mira a Gabrielle antes de decir mientras baja la cabeza:

—No, señora, no me parece normal pero yo no quiero problemas con nadie.

—Al fin un poco de cordura. Puede retirarse. —Vuelvo a enfrentarme a Gaby. —¿Qué ocurriría si se desatara un incendio?

No me da tiempo a escucharla decir nada aunque me doy cuenta de que está moviendo los labios. Algo ha pasado. Un click, una

sensación incómoda, un recuerdo venido de muy lejos que se posa sobre mi frente como una paloma anunciadora... Entrecierro los ojos para dar vida a un momento muchos años atrás. Estoy tumbada sobre algo... es una cama, me duele el cuerpo, me escuece, siento arder mis ojos. Una de mis manos se posa sobre el rostro que llevo cubierto con un vendaje. Un rumor de voces contenidas me envuelve como una nube.

"¿Archivada? "Pregunta una voz femenina contrariada "¿Cómo que archivada? Alguien encerró a los O'Connell en su propia casa"... y la voz es familiar, quizás más joven, más fresca que la de ahora pero es la suya... ¡¡es la voz de Gaby!!.

Abro los ojos de par en par. Veo algo distinto en su cara, una expresión temerosa cruza como una sombra su semblante. Hay muchas cosas silenciadas en esta casa, muchos secretos ocultos bajo una sonrisa. Esas pestañas cuántas veces han aleteado como las alas de una mariposa para disipar sospechas, para aquietar conciencias.

Gaby da unos pasos hacia mí. Yo me giro, vuelvo a poner la mano en la cerradura, doy un tirón con todas mis fuerzas mientras apoyo mi cuerpo sobre la madera de ciprés para ayudar a abrir la puerta con mi peso. La cerradura cede. Salgo al exterior. Respiro profundamente. Está lloviendo. De alguna manera siento que cada gota que resbala sobre mi rostro limpia mi piel de algo sucio, de algo que mancha mis recuerdos...

No me doy la vuelta para advertir los ojos llenos de horror de mi amiga Gabrielle.

CAPÍTULO 14

No voy a ser tu amante.

Camino por el sendero empedrado que lleva a la lápida de mis padres.

En un rincón de mi mente algo me grita que ese camino solitario que emprendo hacia mi pasado debería estar acompañado de una mano sosteniéndome. Hay pasos pesados, pasos en los que cada zancada te acerca a una verdad inexorable mientras que el recorrido se hace amargo.

Nome detengo a ver como las copas de los árboles llenan de belleza este lugar sagrado, el lugar donde habitan las almas de las personas que alguna vez amamos. Dos sencillas losas de piedra señalan el final de esa trayectoria nostálgica. Que sencillez para dos personas que fueron tan ricas. Es como si alguien hubiera querido que su muerte pasara desapercibida.

Una brisa mueve mi pelo y yo fantaseo con que es la mano de uno de ellos que, sabiendo todo cuánto he pasado, ha querido consolar mi tristeza. Es la primera vez que contemplo sus nombres grabados sobre el frío mármol y dos lágrimas ardientes se acumulan en mis ojos amenazando con desbordarse. Paso las yemas de mis dedos sobre el nombre de cada uno de ellos. Era tan niña, eran tan pocos los recuerdos guardados...

Coloco un ramo de azaleas entre la tierra que los separa. Les pido fuerza para que mi corazón encuentre el camino a seguir y como si me hubieran escuchado una voz grave pronuncia mi nombre.

Volteo la cabeza y ahí está él. Maximilian Middleton. Él también tiene razones para visitar el lugar. Se acerca a mí con pasos sosegados. Cuando está a mi lado levanta mi mentón para comprobar como mis ojos rojizos por el llanto lo miran con tristeza.

—Son mis padres —digo como si estuvieran vivos y fuera una presentación normal.

—Lo sé.

—Nunca se sabrá que pasó realmente.

Me mira preguntándose que quiero decir.

—Ellos murieron en el incendio en el que yo perdí la vista. Alguien se encargó de que la casa estuviera cerrada por fuera. Hoy ocurrió algo en mi propia casa que me hizo recordarlo.

Momentos después estamos sentados uno junto al otro en una cafetería. Yo no tengo voluntad cuando se trata de este hombre. Me mira con esos ojazos y no puedo negarme a contemplar el hoyuelo de su barbilla durante delatadores segundos en los que él, sin lugar a dudas, debe advertir cuanto me gusta. Me matan todas y cada una de las expresiones de su cara. Me gusta cuando se ríe y pequeñas pero atractivas arruguitas enmarcan sus ojos. Me gusta la forma y textura de sus labios, una boca que sugiere muchas más sonrisas que enojos. Me cuesta concentrarme en lo que dice porque lo único que hago es pensar en mil maneras que no conozco de besar esa boca y me siento pequeña, insignificante, poca cosa mientras me pregunto que puede ver en mí, qué es lo que hace que me quiera besar y que se interese por lo que le cuento.

Porque yo le cuento, vaya si le cuento... No le cuento que no sale de mi pensamiento y que por las noches fantaseo con que me hace el amor, pero le explico con detalle todo lo ocurrido en mi casa olvidándome por completo de que en aquella pequeña historia de la puerta que no se abre está implicada su hermana Sara, o mejor dicho, el recuerdo de ella.

—Está loco, Duval está completamente loco. ¿Por qué te casaste con él? Después de todo eres la heredera de una fortuna. Tus padres tenían muchísimo dinero.

Ya empezamos...

—¿Estás insinuando que me casé con él por su dinero?

—¿Y qué otra explicación hay? Tiene veinticinco años más que tú.

—Solo veintitrés.

—Oh, es una gran diferencia, desde luego... —dice irónicamente.

—Y lo dices tan tranquilo como si fuera lo más normal del mundo estar sentado conversando con una arribista que se casa con un tío mucho mayor que ella por dinero.

—Es que es lo más normal del mundo, Raven.

—¿Perdón? Será lo más normal del mundo para ti, en mi mundo las mujeres se casan por amor.

—Sí, por amor al dinero.

—¿Tu mujer se casó contigo por tu dinero?

—Melisa no sabía que yo tenía dinero.

—Oh, claro, sí, como no, justo la tuya no lo sabía.

—Te digo la verdad. No lo sabía. Yo me hice pasar por un reponedor de supermercado para darme cuenta de cuales eran sus intereses.

—¿Qué, me estás hablando en serio?

—Totalmente. La primera vez que hicimos el amor ella creía que estaba en la cama con un trabajador a sueldo.

Y claro, aquí se supone que debería intercambiar confidencias y decir algo parecido a "pues la primera vez que yo hice el amor con Alexander.... bla, bla, bla", en su lugar guardo un decoroso silencio.

Max tiene las cejas arqueadas incitándome a una respuesta. Yo me obstino en parecer una señora que guarda silencio por discreción.

—Oh, vamos Raven, acabo de contarte una intimidad.

—¿Y a mí que me cuentas? Yo no te pregunté acerca de tu vida íntima.

—Pero no me has impedido contarlo. Vamos, somos amigos, la primera vez que hiciste el amor con Alexander seguramente haría un despliegue al estilo de Pretty Woman con champán, fresas... ah y pétalos de rosa, seguro que había pétalos de rosa.

Sí había pétalos de rosa. Recuerdo perfectamente que los había dispuesto sobre la cama solo que ... no hicimos el amor. Pero Max no tiene porqué saberlo.

—¿Qué te hace suponer todas esas tonterías?

—No lo supongo, cuando hizo el amor con mi hermana Sara me consta que ese fue el despliegue.

Vaya, a mí no me puso fresas y nata, solo pétalos.

—¿Te gustó?

No soporto a este tío.

—¿Te gustó a ti la primera vez que estuviste con tu mujer?

—Sí, fue maravilloso.

—Pero eres un descarado. No te aguanto más, me voy —digo haciendo el ademán de levantarme. Él me detiene agarrándome del brazo mientras su carcajada hace voltear la mirada de varias mujeres.

—Toma —dice alargando su mano para que yo recoja una tarjeta.

—Es mi número de teléfono. Si Duval te vuelve a encerrar no dudes en llamarme. Seré tu príncipe azul e iré a rescatarte.

—Creí que le tenías miedo. La primera vez que lo nombré te espantaste.

—Eres demasiado joven para distinguir el miedo de la prudencia. Raven, tengo contactos que podrían ayudarte a esclarecer la historia de tus padres. Piénsalo y me llamas.

—¿Si tienes contactos porqué no investigaste más lo que ocurrió con tu hermana?

Su rostro risueño vuelve a lucir sombrío.

—Porque el caso se cerró de una forma satisfactoria para mi padre, que era el principal sospechoso, tal vez si lo hubiera removido las cosas hubieran favorecido más aún a tu flamante esposo así que decidí darme por satisfecho con que un inocente no estuviera en el banquillo.

Me acompaña hasta mi casa. De nuevo dentro de la intimidad de su automóvil vuelvo a oler su aroma masculino y sin poderlo evitar lo observo mientras conduce. Estoy convencida de que nota la forma en que lo miro. Abro la manilla de mi puerta para bajarme pero él me detiene. Siento el calor de su mano sobre la mía.

—Ni se te ocurra besarme delante de la puerta de mi casa, Max.

—No voy a ser tu amante, Raven, porque no deseo nada que le pertenezca a Duval, pero sí seré tu amigo. Si me necesitas no dudes en llamarme.

No va a ser mi amante... no va a ser mi amante... no va a ser mi amante... pues vaya mierda!!

CAPÍTULO 15

Tiempo.

Entro en casa y siento como si la frescura de los momentos compartidos con Max se evaporaran con la inmediatez de la luz. ¿Cómo no advertí antes el peso de esta casa?, ¿cómo no me di cuenta de que a pesar de su amplitud las paredes parecen estrecharse y los techos bajar hasta hacerte sentir encerrada? Creo que es exactamente como me siento; encerrada.

—Tu esposo te espera en el despacho —me dice Gabrielle circunspecta.

Es la primera vez que me pregunto qué hace Gaby en casa, porque coño siempre está metida aquí.

Abro la puerta del despacho y me encuentro a Alexander sentado en su despacho. Me mira, nada evidencia en él un estado de ánimo.

—Hola, pequeña, me han contado que te irritó mucho que dejara la puerta cerrada por el lado exterior.

Yo estoy absolutamente inmóvil, él se levanta y se acerca al mueble bar donde sirve dos copas de coñac. Me ofrece una a mí. La tomo con mi mano a pesar de que no tengo la intención de beberla. La copa solo es la excusa para agarrar mi otra mano y acercarme a su cuerpo.

—Están habiendo robos por la zona, Raven, no deseo que te ocurra algo malo.

Su mano se desliza por mi espalda hasta quedar varada en mi cintura.

—Alexander, es una temeridad, si ocurriera algo en casa no podríamos salir.

—No estarás jamás tan segura en ningún sitio como en esta casa, mi amor. —Su boca está a un centímetro de la mía.

Pongo mis manos sobre su pecho como parapeto y le digo:

—Alexander me gustaría hablar de algo importante contigo.

—Tú dirás —desliza sus labios por mi mejilla, muy cerca de mi boca.

—¿Qué pasó con la herencia de mis padres? Me gustaría tener mi propio dinero —le digo mientras me alejo de él y me siento en una butaca poniendo distancia entre nosotros.

Alexander se sienta frente a mí.

—Vaya, sabía que me pedirías tu dinero pero no imaginaba que fuera tan pronto. —Pone una sonrisa en su rostro -. Lo tienes todo en una cuenta aparte que yo nunca he tocado. ¿Crees que te estoy engañando con tu dinero?

—No, claro que no, no he dicho eso, es solo que ...

Antes de que pueda completar mi frase me ha extendido una cartilla.

—Esta es tu cuenta. Como verás eres la titular de la misma. Abajo tienes anotadas tus claves. Eres rica, Raven, pero siempre he supuesto que eso no te importaba demasiado. Yo no quiero tu dinero, es tuyo, mi amor, puedes gastarlo como desees, yo solo te quiero algo de ti, tu amor.

La verdad es que no lo esperaba. De alguna forma imaginaba algún plan macabro para dejarme sin dinero, para gobernar mis bienes...

—Dime, Raven, ¿quién te está separando de mí?, ¿quién está llenando tu cabeza de pájaros?

—No sé a qué te refieres.

—Soy consciente de la diferencia de edad entre nosotros. ¿Crees que no sé que hay hombres jóvenes que querrán seducirte? Porque eso es lo que intenta Maximilian Middleton, Raven, seducirte. Para un hombre es una victoria absoluta llevarse a la cama a la mujer de su enemigo. ¿Vas a permitir que te usen como si fueras un arma arrojadiza? —Mi cara debe ser un poema porque añade.
—Adelante, haz el amor con él, no serás más que otra conquista.

—¿Por qué Maximilian Middleton es tu enemigo? —Mi pregunta lo pilla desprevenido. Con seguridad esperaba que me defendiera diciendo que no hay nada entre Max y yo.

—De alguna manera me hace responsable de la muerte de su hermana Sara.

—Tengo entendido que esa muerte no fue accidental, Alexander, sin embargo la investigación se cerró. ¿No te interesa saber quién quiso matarte ese día?

—Por lo que veo te han contado más de lo que yo suponía.
—Agarra una de mis manos y la lleva a su boca. La besa dulcemente. —Fue su padre, Raven, él quiso acabar conmigo para que no me casara con ella.

—Si estás convencido de eso ¿por qué no lo llevaste a juicio?

—Porque ya tuvo suficiente castigo con la muerte de su hija ¿no crees?

Tiene sentido, si hay algo que Alexander sabe hacer es darle un sentido a todo. Vuelve a besar mi mano y advierto que, no sé cómo, se ha acercado más a mí.

—Raven, el amor no son las mariposas en el estómago, el amor es aquello que queda después de que las mariposas hayan volado.

—Una de sus manos acaricia mi cabello -. Eso es lo que deseo que sientas por mí, a eso aspiro, a que te des cuenta de que no habrá nadie que te ame como yo, con tus dudas, con tus inquietudes.

—Dame tiempo, Alex, por favor, solo necesito tiempo. Hace muy poco que veo y necesito acostumbrarme a ti, a tu piel... ¿podrás esperar sin presionarme?

Retira su mano de mi cabello. Aparta su rostro de mí. Da un sorbo de su copa.

—Puedo esperarte pero tienes que prometerme algo. —Asiento con la cabeza en un gesto de consentimiento -. Usarás el tiempo que me pides para el propósito para el que me lo pides; acostumbrarte a mí, decidir si deseas ser mi esposa en todo el sentido de la palabra, pero no te acercarás a ningún otro hombre en ese tiempo. Si transcurrido el tiempo suficiente decides alejarte de mí respetaré tu decisión, pero no consentiré que coquetees con otros hombres mientras te doy el tiempo que me pides.

Otros hombres... obviamente se estaba refiriendo a Maximilian Middleton.

—Muy bien, te lo prometo —le digo —yo también quiero algo.

—No apures la tregua, Raven, estoy siendo muy generoso.

—Lo que te voy a pedir es algo muy básico.

—Adelante.

—Quiero mis ropas, quiero vestir como yo desee, no quiero parecerme a Sara Middleton, yo soy Raven O' Connell.

—Nunca he deseado que fueras otra cosa. ¿Lo dices por lo del pelo?

—Alexander, no puedes negar que es algo macabro.

—Me pareció que te vendría bien un cambio, Raven, eso es todo, puedes ponértelo del color que desees.

—Me gusta mi cabello, no quiero ponerlo de ningún otro color.

Alarga sus manos, me acerca a su cuerpo y pone sus labios sobre los míos. Siento como su lengua lucha con mis labios para entreabrirlos. Joder ¿no era que me iba a dar un tiempo? Su lengua está en mi boca y a pesar de mi inmovilidad él se las apaña para conseguir que, tímidamente, le devuelva el beso.

—Me excita tu osadía, Raven, pero puedes marcharte tranquila al dormitorio. No te molestaré y respetaré el tiempo que me has pedido.

Casi salgo corriendo para meterme en mi cuarto, su cuarto, nuestro cuarto... y sin embargo, es cierto que no ha dormido ni una sola vez en él. Mi móvil parpadea. Tengo un mensaje.

"Hola, soy Lorraine, amiga de Max, te puedo pasar los datos de la investigación sobre el incendio de tus padres. Si estás interesada, avísame"

Media hora después estoy saliendo por la puerta de mi casa para recoger datos sobre el accidente que me privó de mi vista durante diez años.

CAPÍTULO 16.

Lorraine.

Es una de esas tardes en las que el sol filtra sus rayos solares entre la disposición aterciopelada de las nubes, dando a cada detalle un color brillante que hace saltar los corazones llenándolos de energía. Estoy llegando al Oliver, una cafetería céntrica de mi ciudad que ya existía cuando yo era una niña e iba con mis padres a desayunar. Para mí su visión actual es totalmente fascinante. Me detengo a ver los rótulos, la forma en que está dispuesta la terraza, el cálido y acogedor ambiente que se respira en cuanto abro la puerta y penetro en el café, la alegre y acertada disposición de plantas, fuentes y luces. Verlo todo con nuevos ojos me hace sentir llena de una dicha que no se puede explicar, como si mi alma se elevara viviendo momentos eternos que me alimentaran el espíritu.

Respiro hondo para que los aromas dulces de la cafetería queden sellados en mi memoria para siempre. Toda mi vida me ha intrigado el tema de los olores. No entiendo de que manera pueden quedarse fijados al cerebro, pero lo cierto es que son tantas las veces en que un olor nos transporta a otra época, a otro lugar, incluso a otra persona, que no puedo por menos que ir por la vida aspirando cada fragancia deliciosa con la que me cruzo. Ya sé que debo parecer una flipada en la mayoría de las ocasiones pero ¿qué quieres que te diga? ... cada uno se comporta en la vida como puede, sabe o le gusta.

Es importante señalar en este punto que he estado ciega durante diez años. Las personas invidentes desarrollan de una forma extraordinaria sus otros sentidos. Somos capaces de escuchar detalles que nadie más percibe, de oler sutiles aromas donde nadie se detiene, de identificar una brisa o un viento a través de una ventana cerrada, de diferenciar los diferentes tipos de lluvia... prueba a taparte los ojos durante tres días, sé que es difícil pero si

quieres sentir algo extraordinario, hazlo, te vas a dar cuenta muy pronto de como se agudizan tus otros sentidos, y además te aseguro que cuando vuelvas a abrir los ojos y mires a tu alrededor te sentirás plenamente agradecida de sentir el lujo de observar toda la belleza que te rodea.

Cuando mi mente se ha cansado de captar cada detalle ignorando como se me verá desde fuera o qué es lo que los demás pensarán, algo que a un ciego jamás le importa, alargo la vista para ver a tres metros de mí a Maximilian Middleton sentado en una mesa y acompañado de una mujer. ¡Y qué mujer! Cabellos castaños rojizos, ondulados y larguísimos, dispuestos alrededor de sus hombros y cayendo en cascada dándole el aspecto de una seductora ninfa de agua. Labios carnosos, sensuales, risueños que muestran una dentadura perfecta. De forma instintiva aprieto los labios porque temo que mi sonrisa no sea tan perfecta. Eso que dicen de que cada mujer debe aceptarse y amarse como es está muy bien, muy requetebién, pero quien te dice eso no tiene delante a una Belinda Wells o a una Lorraine no-sé-su-apellido, pero vamos, que esta clase de tías desaniman a cualquiera. ¿En qué estaba yo pensando cuando fantasee con gustarle a Max? Como este sea el nivel de las mujeres que se le tiran al cuello ni colocándome al final de la fila en una noche de alcohol tengo yo posibilidad alguna. No, si al final va a tener razón Alexander. Seguro que si no fuera su mujer no me habría mirado más que para poner cara de asco.

—Raven, te presento a Lorraine Carter. —Encima estas puñeteras tienen todas nombres de estrellas de cine -. Ella es Raven Duval, la esposa de Alexander.

No es difícil advertir la mirada de incredulidad de Lorraine. Me mira con los ojos abiertos luciendo su iris color miel y después voltea la cara hacia Max con una expresión de desconcierto.

—¿Tan extraño le parece, señorita Carter? —le pregunto con una sonrisa.

—No, discúlpeme, es usted una belleza, Raven, pero no la esperaba tan joven.

Max carraspea tratando de evitar más comentarios. Lorraine parece haberlo entendido y dice:

—Por supuesto Max me ha contado todos los detalles. Alexander Duval cuidó de usted durante años cuando sus padres tuvieron aquel trágico desenlace. Fue muy generoso por su parte.

— Bueno, si la recompensa es casarse con una mujer veinticinco años más joven puede que solo se tratara de una inversión. —Lo mato o no lo mato???

—Veintidós años más joven, no veinticinco, ya te lo dije el otro día, pesado —le corrijo.

—Max, ¿ cómo puedes ser tan impertinente? —le reprende Lorraine.

—Solo apunto la posibilidad de que el señor Duval no sea tan noble y generoso. —Lorraine levanta las cejas. Creo que está alucinando-. Yo también cuidaría durante diez años a una niña si cuando tuviera cincuenta pudiera comerme a un pimiento de veinte.

—Vaya, vamos subiendo la diferencia de edad, ahora tiene treinta años más que yo, pues no, hijo, solo me lleva veinti...

—Veintidós años, ya lo sé.

Me doy cuenta como Lorraine nos mira con una media sonrisa en los labios.

—¿Podemos centrarnos en el asunto, por favor? He venido aquí para daros unos datos que según tú, Max, interesan a la señorita O'Connell. Raven —me dice —la investigación sobre el siniestro se cerró antes de llegar a mayores. Parece evidente que las salidas de la casa fueron cerradas desde fuera. Sin embargo alguien paró los trámites antes de que se llegara a especular con lo ocurrido.

—¿Quién? —pregunto.

—¿Necesitas preguntarlo? —me dice Max.

Lorraine vuelve a mirarlo y esta vez hay una advertencia en su gesto.

—Alexander Duval, Raven, tu esposo. Aquí te entrego las pruebas —dice mientras me entrega un sobre con los documentos —. Además quiero hacerte saber que el terreno donde estaba la vivienda es ahora propiedad de tu marido. Aquí tienes una nota del registro. Si deseas hacer algo con todo esto y te planteas reabrir el caso puedes contar conmigo, te pondré en contacto con un buen abogado.

¿Qué es lo que me están diciendo? No lo entiendo, no consigo formar en mi mente la idea que me quieren transmitir. Solo sé que en este momento lucho por volver a enfocar mi vista y noto como me falta la respiración. Mi pecho parece plegado y me cuesta llenarlo de aire. Respiro con profundidad varias veces para tratar de calmarme.

—¿Me estás diciendo que mi marido estuvo implicado en la muerte de mis padres? —pregunto en un susurro.

—No he dicho eso, Raven —me asegura- lo que digo es que es evidente que hay algo turbio en todo esto y si quieres averiguarlo yo te ayudaré.

—Y yo también —añade Max.

— Pero... pero ... —balbuceo sin saber bien qué debo preguntar- ...¿qué se supone que debo hacer, llegar a casa y acusar a mi esposo de haber matado a mis padres?

Maximiliam pone una de sus manos sobre las mías, gesto que no pasa desapercibido por Lorraine.

—Ni Lorraine ni yo hemos dicho eso, Raven, solo te aseguramos que Alexander es el beneficiario de la muerte de tus padres.

—No es verdad. Yo tengo una cuenta a mi nombre con todo el dinero que debía heredar. Alex solo cuida de ese dinero. Hoy me entregó la cuenta.

—¿Y cómo sabes que no hay mucho más de lo que te entrega? —me pregunta Max-. Tal vez eso sea solo una discreta cantidad que impresionaría a una joven de tu edad pero solo una parte de todo cuanto te pertenece. ¿Nunca te habló de la casa de tus padres?

Niego con la cabeza. Recuerdo las palabras de Alexander ... "¿quién te está llenando la cabeza de pájaros?"...

—Bien, pues yo te voy a hablar de esa casa —dice Maximiliam con vehemencia.

—Max, por favor —le pide Lorraine.

—Por favor nada, ya es hora de que alguien le explique el cuento completo.

—Es solo una niña de veintidós años.

—Precisamente por eso alguien debería protegerla de las manipulaciones de Duval.

—¿Queréis dejar de hablar como si no estuviera aquí? -digo irritada -. ¿Qué es lo que pasa con la casa de mis padres?

— Pasa que ...

—Yo te lo contaré —dice Lorraine con decisión -. Raven, la casa de tus padres fue rápidamente reconstruida. Durante estos diez años han vivido en ella diferentes mujeres.

Y se calla. Se calla y yo que soy medio boba para estas cosas, tal vez ingenua de nacimiento, tal vez por haber estado privada durante diez años de una vida normal, el caso es que no termino de comprender.

—¿Cómo pretendes que haga algo con tu información si ni siquiera entiende lo que le estás diciendo ahora? —le pregunta Max con un tono paternalista. Gira su cara hacia mí-. Raven, tu marido ha metido en la casa de tus padres a todas las mujeres que durante estos años fueron sus amantes. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Y otra vez deben de pensar que soy una soberana estúpida porque de nuevo me quedo en silencio tratando de asimilar lo que me cuentan.

—Naturalmente eso fue antes de casarte contigo —añade Lorraine.

—Si, claro, naturalmente ... —La voz de Max suena escéptica a pesar de la mirada asesina de Lorraine.

—¿Hay... hay alguien viviendo en la casa de mis padres ahora? —pregunto casi imaginándome la respuesta.

Ambos me miran con algo muy parecido a la compasión pero ninguno de los dos contesta.

—Lo voy a averiguar de todas formas. Aún no he visitado la casa de mis padres porque hace apenas dos meses que recuperé la visión. Estaba esperando a estar totalmente recuperada para hacerlo. Antes o después lo voy a saber.

—Seguramente Duval está esperando hasta el último momento para sacar de tu casa a la mujer que vive allí desde hace algún tiempo.

Max pronuncia esta frase sin saber que es como si me estuviera acuchillando. Y yo que por un momento había creído que tal vez

todos se hubieran equivocado con Alexander. ¿Y Gabrielle... estaba al tanto de todo eso y me lo estaba ocultando?

El dolor puede ser una daga encendida en mitad del pecho, es algo que ahoga, que escuece y te paraliza impidiéndote reaccionar, pero incluso ese tipo de dolor se detiene en algún momento para dar paso a otro tipo de sentimiento, la ira, la respuesta a la traición, a la mentira.

—Yo la voy a sacar de allí esta misma noche.

CAPÍTULO 17.

Mi casa.

Puede que alguien lo ponga en duda, pero tener una vida sin sobresaltos tiene su encanto, de hecho ¿no es a lo que aspira todo el mundo? Todos quieren tener un trabajo estable, una situación financiera estable, una vida familiar estable, una pareja estable|. La palabra estable tiene un gran valor. Y justo en esto es en lo que yo voy pensando mientras clavo el tacón de mis botas en el suelo húmedo que rodea lo que un día fue mi casa; la casa donde yo vivía con mis padres. ¿Por qué nadie me dijo que esta casa había sido reconstruida? Supongo que en esa vida estable que yo tenía estaba sumamente engañada, porque eso es la estabilidad, un engaño, nada es controlable realmente, todo se puede escapar de las manos en un momento.

Miradme a mí| hasta hace muy poco yo estaba feliz aunque limitada por mi ceguera. Ahora es como si hubiera abierto los ojos de repente, y no solo para ver el maravilloso mundo de las flores, del mar, de los cielos, de las tierras, de las aves, de las estaciones y de tanta belleza como hay en la vida, sino que paradójicamente parece que abrí mis ojos también para ver lo sórdido, el engaño, la mentira| y todo ello tiene un nombre: Alexander Duval.

Max camina a mi lado. Lorraine nos sigue unos pasos detrás. Las luces están encendidas, está claro que hay alguien en la casa. ¿Una de las amantes de mi maridito? Ya me imagino a una mujer como

Belinda Wells tirada con un vaporoso salto de cama sobre un sofá de suave terciopelo color crema frente a una chimenea, con una copa de vino en la mano y mojando unos labios sugerentes en el licor para que luego Alexander pruebe el líquido de su boca. Uf, la imaginación, a menudo es peor lo que imaginamos que la realidad, o eso es lo que dicen.

La primera traba es la puerta.

—¿Y ahora como coño vamos a entrar?

—Detesto tu vulgaridad - me responde Alexander.

—Tiene razón. Para saber quién hay dentro tenemos que derribar la puerta y eso alertará a quien haya.

Mientras Lorraine pronuncia estas palabras, Max ya está mirando las ventanas y encuentra una abierta.

—En algún momento tenía que sonreírnos la suerte -- dice orgulloso de su hallazgo.

Segundo escollo ...¡ Quieren entrar conmigo !

—No, ni hablar, entraré yo sola, seguramente habrá una mujer y yo puedo con una mujer.

—Tú no puedes ni con una mosca herida, bonita, entraremos los tres-. Que poca confianza tiene Max en mi fortaleza, la verdad.

—Realmente esto tiene que decidirlo ella, Max -- le dice Lorraine --- ella es la esposa. Imagina que está con alguna mujer ¿qué pintamos nosotros ahí? Esto es una cuestión personal.

Max la está fulminando con la mirada.

—Es una cría asustada ¿no lo ves?, ¿qué va a hacer si se encuentra a Duval follando con alguna? -. Y este es el que me acusaba a mí de vulgar. -Entraremos con ella.

—No, Max, una cosa son las cuestiones legales, ahí sí va a necesitar ayuda, otra es la historia personal, ella es la que debe darse cuenta de quién es su esposo.

—Claro pero hemos sido nosotros los que la hemos traído hasta aquí.

Poco a poco las voces de ambos se van convirtiendo en un murmullo. Me alejo despacio del lugar donde tratan de decidir como si yo no estuviera delante que es lo que deben hacer. Pongo mi mano sobre otra ventana a la que tampoco le han echado el cierre

de seguridad. No me resulta nada difícil entrar deslizándome sobre el alfeizar. Estoy dentro de la casa y me invade un sentimiento de desazón.

Cuando ves una película en la que alguien regresa al hogar de su infancia te das cuenta de cómo se sienten invadidos por cálidos sentimientos de amparo infantil, los aromas, la forma de la decoración, los pasillos, hasta algún cuadro parece despertar la memoria dormida... vale, pues a mí no. La casa es otra completamente distinta a lo que yo recuerdo. ¿Dónde están los jarrones llenos de flores naturales que tanto le gustaban a mi madre, y el olor a merienda, los ruidos de la cocina, el eco de las pisadas al caminar? Nada es como era entonces. Que esto es otra de las cosas que tanto nos cuesta entender. Nada permanece, todo cambia siempre, por mucho que queramos retener algo o a alguien, todo está en lenta pero imparable evolución. Es algo que una persona invidente nota con mayor ventaja.

Me sorprende a mí misma las cosas que se me van ocurriendo hasta que un ruido me saca de mis ensoñaciones ... más que un ruido, un sonido, el sonido de una risa femenina. Ajá, ahí está la mujer que yo imagino, sus sedas livianas cubriendo dos enormes pechos que mi esposo estará besando. Camino hacia el lugar de donde procede la risa. Y esta vez sí es como en las películas. Conforme me acerco hay una luz que sale de lo que parece un dormitorio y escucho cada vez más cerca dos voces reconocibles. ¿Por qué procuro no hacer ruido? Esta es mi casa, ellos son los intrusos, y de paso hay también un marido infiel.

Abro la puerta con sigilo y ... no puedo creerlo... esto es demasiado. No, no es Belinda Wells la tetona descarada. La que está sobre la cama en una actitud más que cariñosa con Alexander es una mujer con clase, con los ojos almendrados, con larguísimas pestañas... una mujer que era como una segunda madre... Gabrielle.

¿Y ahora que hago? Debería de montarles un escándalo y después irme de allí con los ojos llenos de lágrimas y esperar a que Alexander viniera a casa arrepentido diciendo que nunca más volvería a pasar, pero por alguna extraña razón mis ojos no se

lleen de lágrimas, y debo tener mucha más clase de la que me supone Maximilian Middleton porque ni siquiera se me ocurre interrumpirlos. Me giro tan sigilosamente como he llegado y me voy sin que lo noten.

Seguramente fue en algún libro que leí con mis dedos donde aprendí que este tipo de cosas se llevan mejor cuando te las piensas con calma... o simplemente es que el asco produce efectos retardados. No lo sé, pero vuelvo a salir por la misma ventana por donde entré sintiéndome vacía, sin ningún sentimiento dentro de mi corazón. Fuera me esperan con cara de circunstancias Lorraine y Max.

—¿Y? - pregunta Lorraine con ansiedad.

—Vámonos de aquí —le respondo.

—Pero ¿quién hay dentro?

—Mi marido y Gabrielle.

Miro la expresión de Max... ¿por qué parece no sorprenderle?

CAPÍTULO 18

Pronombre... te...

Los pechos de Gabrielle, las caderas de Gabrielle, el culo de Gabrielle, que no, no era una mujer joven, o por lo menos no era tan joven como yo pero no se podía negar que era definitivamente hermosa. La mujer que ha conservado su belleza como radiante roja que ya no luce lozana y brillante pero que, de la misma manera, todo el mundo quiere abrigar entre las páginas de un libro

El coche de Max ronronea mientras yo no puedo apartar la imagen de mi amiga “mayor” meciéndose sobre las caderas de mi marido. Supongo que lo están pasando mal, o eso parece por el llamativo silencio que ambos sostienen. De soslayo puedo ver como Lorraine mira a Max a menudo. Estoy segura de que le pide en silencio que rompa el hielo, que diga algo. Yo también tengo el impulso de hacerlo pero no se me ocurre nada. ¿Acaso en algún momento la cornuda es la que tiene que animar a los demás?

Está cayendo la noche. Siempre pensé que la noche era el momento de los amantes pero por lo visto para follar cualquier hora es buena... A ver, voy a hacer recuento mental ; hasta ahora llevo dos amantes contadas a mi marido. Con una de ellas no le he pillado en la cama, Belinda Wells, y la otra mi amiguita Gabrielle, que cínica, cojones... es que no se me ocurre otra cosa que decir más que insultos.

—¿Qué vas a hacer, Raven?

Por fin la voz grave de Max rompe el silencio poniendo la melodía a una noche que se huele fresca y húmeda. Lorraine le mira agradecida.

—¿A qué te refieres? —le pregunto prácticamente en un susurro.

—Acabas de ver a tu marido con tu mejor amiga, supongo que algo pensarás al respecto. ¿Vas a volver a tu casa?

Me doy cuenta que estamos en el camino de adoquines que lleva a la puerta de la vivienda de Max. ¿Se supone que vamos a mantener una charla familiar o algo así?

Ante mi silencio Max contrataca:

—Quédate a dormir esta noche en mi casa y mañana decides que vas a hacer.

Aparca el coche y tanto Lorraine como él abren la puerta para salir. Max me abre la mía y me ofrece su mano para salir del automóvil.

¿Estaba suponiendo que iba a abandonar a mi marido? Ya, ya sé, sería lo lógico y lo normal. Ya he visto a mi marido en actitud cariñosa con la teta Wells, ahora me lo encuentro dándole al molinillo con la buena de Gaby...¿qué más necesito para abandonarlo? Pero hay algo que me dice que debo volver a esa casa, no sé que es pero no quiero dejarlo, no porque lo ame, no porque lo desee, no porque quiera tener un matrimonio con él, sino porque deseo saber si él provocó el incendio donde murieron mis padres.

Max me mira atónito cuando le explico mis razones ante una taza de café negro y espeso. Sus cejas se levantan en un gesto de incredulidad que empieza a ser conocido para mí.

—No puedo creer que seas tan inconsciente —me dice.

Lorraine a su lado se mantiene en un discreto silencio, sin embargo, yo sé que es la única que puede contener a Max.

—Bueno, el amor es ciego —añade Lorraine.

—No es eso —digo muy rápido, demasiado rápido incluso —es que yo sé que aquí hay algo turbio y quiero descubrirlo.

Dos pares de ojos se entornan expectantes.

—Alexander parece... no sé como explicarlo —digo sin terminar de creer yo misma lo que voy a decir —él parece estar obsesionado con el recuerdo de Sara.

Siguen sin decir nada. ¿Se supone que tengo que explicar algo más? Bien sabido es (por mí, claro, porque tu no tienes porque saberlo) que no soy experta en habilidades sociales. Tantos años de reclusión hablando solo con la buena de Gaby (sí, la misma que se cabalgaba hace apenas una hora a mi marido) me convirtieron en

una persona con pocos dotes sociales. Pero bueno, mi esperanza es que dicen que todo se aprende. No sé...

—¿Por qué parece estar obsesionado con Sara? —pregunta Lorraine demostrando claramente que es policía.

Y aquí viene esa parte en la que una no sabe si la intuición no le engaña o es una paranoica. Esa parte en la que tú estás segura de algo pero sabes que no tienes ninguna prueba para demostrarlo. Es irritante ¿verdad? Pero es que además suele coincidir que el acusado tiene una imagen totalmente distinta de lo que tu propones. Es decir, si quieres acusar a alguien de estar como una puta cabra asegúrate de que tienes pruebas para hacerlo porque el tipo seguro que parece un compendio de equilibrio mental. Pues justamente eso para con Alexander. La loca parezco yo. Ya pasó el otro día con el tema de la puerta cerrada... ¿quién terminó dando golpes y voces mientras él y Gabrielle permanecían absolutamente en calma?

—Ha tirado toda mi ropa y en su lugar ha puesto la ropa de Sara —veo como el color se va del rostro de Max—. Hoy mismo Gabrielle quiso teñirme el cabello del mismo color que ella.

—Desde luego es inquietante —dice Lorraine —pero no sé podría considerar concluyente de un delirio.

—Y mucho menos de que sea peligroso —añade Max.

—Ese es el problema con Alexander y por eso quiero volver a casa. —Los dos me miran como si estuviera loca. Lo que yo dije... la loca parezco yo. —Estoy completamente segura de que está mal de la cabeza. La obsesión con Sara, la forma que tiene de responder a mis acusaciones sobre las mujeres...

En este punto ambos me miran con interés. Me doy cuenta de que hay algo más que no saben. Claro, no saben lo fundamental... Alexander y yo no tenemos relaciones sexuales. También ahí podrían decirme algo como "claro, es que si tu no te acuestas con él se buscará otras"... o cualquier otra frase machista.

—Veréis, él... —me da vergüenza exponer mi intimidad...

—No tienes que contarnos algo íntimo si no lo deseas, Raven —me tranquiliza Lorraine.

—Sí tiene que contarlo. —Lorraine fulmina a Max con la mirada. —Si queremos saber a que se refiere tendremos que saberlo todo.

—Max me mira a mí y pone una mirada cálida que sospecho habría hecho hablar a un muerto. —Adelante, Raven, cuéntanos todo.

Tomo una bocanada de aire profunda que llega hasta mis pulmones hinchando mi pecho. Suficiente para tranquilizarme.

—En primer lugar no me parece normal que me diga alegremente que me acueste contigo para dos minutos después pedirme que no me acueste con nadie mientras me tomo mi tiempo.

Sí, ya lo sé, la frase es algo confusa, de ahí la cara de pedo de los dos.

—¿Qué tiempo...te ha dicho que te acuestes conmigo?

—No, a ver, voy a intentar explicarlo mejor. Me dijo que si te deseaba, que por supuesto no te deseo —veo como Lorraine contiene la sonrisa —que adelante, que me acostara contigo, que solo sería una más en tu cama, pero que él me amaba tanto que esperaría a que se me pasara el capricho y que me recogería cuando me hubieras dejado con el corazón roto. A mí no me parece normal que un marido actúe así. Ya sé que soy joven y que no entiendo nada de todo esto pero normal no es... ¿o sí?

Max no contesta. Hay algo en sus ojos que no se descifra. No sé si es rabia, o compasión, o deseo o ternura. Es una mezcla extraña que no puedo identificar. De lo que sí me doy cuenta es de que no es de mala onda. La mirada es profunda y está llena de algo bueno.

—No es normal, Raven —me dice Lorraine. —Max ¿puedes hacer el favor de reaccionar?, ¿puedes explicarle a esta chica como hombre que no es normal?

—Ella ya sabe que no es normal —dice sin añadir nada más provocando la irritación de Lorraine.

—Max ¿tu cederías a tu mujer diciéndole que cuando el seductor de turno la dejara con el corazón roto tú la recogerías? —le pregunta mientras su cabello castaño se mueve al compás de su voz.

—Por supuesto que no. Ningún hombre haría eso.

—Ahí lo tienes, Raven, tu intuición no te mintió.

—Hablaste de algo más... —dice Max —de algo sobre un tiempo...

Deja la frase abierta para que yo la complete explicándole de que se trata.

—Sí, es que hay algo que no os he contado... —Ahora me miran con una absoluta atención. —Yo no me he acostado nunca con Alexander.

A Lorraine casi se le cae la taza de café al suelo. No hubiera perdido gran cosa porque está ya helado y más que calentar, desagrada. Max pestañea varias veces pero se queda sumido en el silencio. Los ojos de ambos siguen sobre mí con una mezcla de interés y desconcierto.

—Es que no me gusta.

—¿El qué? —pregunta Max

—El marido, Max, ¿qué va a ser? No se acuesta con él porque no le gusta —responde Lorraine. —¿ Es eso lo que estás diciendo, verdad? —Me cuestiona por si no lo ha entendido bien.

—Sí, eso es lo que estoy diciendo.

Joder ¿qué tiene de raro? Cuando un tío no te gusta no te acuestas con él, vamos eso es así desde que el mundo es mundo. Hay casos en que hay un interés económico y sí lo haces, otras veces es por miedo, otras para conseguir algo, pero a la base si se es honesta cuando un tipo no te gusta no te lo follas. No entiendo yo la sorpresa.

—Ese es el motivo por el que me concede un tiempo.

—¿Para qué te acuestes con él? —Max no sale de su asombro.

—No, para que decida si deseo ser su mujer en todos los sentidos, en el sexual también, por supuesto. Él accedió a darme ese tiempo pero me pidió que fuera honesta y que lo usara para tomarle el pelo engañándole con otros tipos. Desde luego es algo que no pensaba hacer y ...

—¿Cuánto tiempo? —me interrumpe Max.

—No hablamos de un límite de tiempo.

—Menudo cabrón —Lorraine está indignada —o sea, que te pide que no te acuestes con nadie pero el se ventila a la amiga Gabrielle.

—¿Necesitas realmente ese tiempo, Raven?

La pregunta sube en el aire como una burbuja que contiene su voz y me estalla delante de la cara. Lorraine se da cuenta, lo nota

todo, no es difícil advertir que Max está presionándome para que diga lo que él quiere escuchar. En realidad lo que está muy claro tanto para Lorraine como para mí en este momento es que a Maximilian Middleton le gusto. Yo misma no me lo puede creer pero es así.

Muy bien, vamos a ello:

—No, Max, no necesito ese tiempo. No me quiero acostar con él aunque sea mi marido porque no me gusta, pero esto no es lo más importante, lo verdaderamente destacable es que no creo que me guste nunca porque es completamente distinto al hombre que yo había imaginado que sería desde la oscuridad de mi invidencia.

—¿Y entonces porque no acabas de una vez con toda la comedia? Ve a tu casa y dile a él lo mismo que nos acabas de decir a nosotros —dice Lorraine.

—No va a hacer eso —Max suena muy vehemente. — Sencillamente no va a volver a esa casa jamás.

—¿Y eso quién lo manda... tú?

—Sí, yo lo mando porque sé lo peligroso que es Duval, no te voy a poner en riesgo por una historia del pasado.

Tanto Lorraine como yo nos damos cuenta del “te”... “no te voy a poner en riesgo”... ese pronombre es para mí, es el pronombre que usa alguien cuando habla de algo que es suyo.

Y la verdad es que tampoco me he acostado con Maximilian Middleton pero suya... uf, ya me gustaría a mí serlo.

CAPÍTULO 19

¿Quién lo podría decir?

Llego a casa después de discutir con Max mi macabro plan.

Mientras que Lorraine se mostraba conforme a mis palabras, él, hermoso, viril, con su agujerito en la barbilla, intentaba una y otra vez convencerme de que no lo hiciera. Finalmente es él el que me lleva a mi casa en su propio coche.

Lo primero que noto diferente es una silueta tras la ventana. Sí, hay cosas que han cambiado. Ya no podré volver a mirar a Gabrielle como esa amiga mayor pero llena de sabiduría, ahora la veré como una mujer llena de hipocresía y falsedad. ¿Y qué puedo decir de Alexander? Casi me conmovió con su generosidad, con ese tiempo que me había dado para decidir si quería o no ser su esposa. Tan bueno que parecía, tan comprensivo, tan paciente... sí, los cojones, mientras yo pensaba eso él se estaba zumbando a la zorra de Gabrielle. Me hubiera esperado a una Belinda Wells pero no a Gabrielle.

Entro en casa y ya noto algo distinto. No sé si es la llamada del instinto de supervivencia pero hay algo diferente en el ambiente. Una tensión palpable, tal vez no perceptible para alguien que toda su vida ha disfrutado de sus cinco sentidos, pero totalmente captable para mí experta en emociones a base de diez años de invidencia.

Maggi, la empleada que no quería problemas con nadie pero que reconoció que era una locura cerrar la casa desde fuera y dejarnos encerrados con la excusa de evitar un robo, me mira con cara seria, casi creo advertir en sus ojos una advertencia de precaución y algo más que no termino de descifrar... ¿miedo?, ¿pena?

Abro con sigilo la puerta de mi dormitorio y lo veo. Sobre la cama está Alexander. Una vez más me doy cuenta de que es un hombre atractivo, con una edad, es cierto, pero atractivo. Una pena que cada vez esté más alejada de él. Tal vez si no hubiera aparecido Max...

Otra vez la culpabilidad me machaca.

—¿Ya te has acostado con el señor Middleton?

La pregunta me saca de órbita. ¿Dónde ha quedado la elegancia de este señor?

—Por supuesto que no, Alexander, ¿cómo se te ocurre algo así?

Cambia su postura sobre la cama y lo que en un principio fingía ser una pose relajada se convierte ahora en un gesto lleno de tensión cuando tensa los hombros y apoyando las manos sobre sus rodillas me dice:

—¿Qué se supone que tengo que pensar?

—Podrías preguntarme en lugar de dar algo por sentado. —Y eso sin olvidarme de que lo acabo de pillar en la cama con Gabrielle.

—Está bien, explícamelo tú, Raven.

Contengo las ganas de escupirle en la cara y llamarlo cínico.

—Estuve con Lorraine, y resulta que Lorraine, que es una vieja amiga —no se me mueve un pelo al decir semejante mentira —es también amiga de Maximilian.

Se levanta y camina hacia mí.

—A partir de ahora quiero saber en todo momento dónde estás. Si sales de casa llámame para decir dónde y con quién estás.

—¿Tú harás lo mismo, Alexander?

—¿Deseas que lo haga?

—Sí, por ejemplo me gustaría saber dónde has pasado tú la tarde.

—Tuve una reunión de negocios.

Sal corriendo, Raven, sal corriendo pero ya porque Max tiene razón; Alexander es un hombre peligroso, por no citar su obsesión con Sara, por no comentar su deseo de contralarme... Los pensamientos de lucha y huida se pisan uno al otro dentro de mi cabeza.

—Me gustaría cambiarme y descansar, Alexander.

Se levanta sin oponer resistencia a mi pedido. Pasa por mi lado y me da un beso en la frente. Un escalofrío me atrapa y reptar por mi cuerpo desde la cintura hasta mi nuca. Sale con pasos pesados. Al cerrar la puerta escucho como cierra la cerradura... por fuera.

Intento abrir. Una sensación de pánico se apodera de mí. Me ha dejado encerrada como cuando se produjo el incendio. Como cuando perdí a mis padres. Como cuando me quedé ciega.

Fue él, ahora no tengo ningún tipo de dudas. Fue él. Algo lo dice en mi interior, algo lo grita. Mientras mi corazón late con ferocidad golpeando brutalmente mi pecho haciendo que me cueste respirar me siento en la cama intentando recobrar una respiración normal.

Vamos, Raven, tranquila...no va a ocurrir, no habrá un incendio, no te va a quemar, no es un asesino, es solo un enfermo pero no sería capaz de hacerte daño...

El sonido de la voz de Max acude a mí cuando apenas un momento antes me decía en el coche:

—Esto es una locura, Raven, déjame ayudarte como no pude ayudar a Sara. Déjame entrar contigo y poner fin a este matrimonio de papel.

Un beso fugaz se había deslizado en ese momento sobre mis labios. Fue esa clase de beso contenido que hace que el que lo recibe sepa con absoluta certeza que quien se lo da, se está conteniendo.

¿Por qué no le hice caso, maldita sea?

Yo, con mis ínfulas de *femme fatale* creyendo que podría hacer hablar a Alexander, que fingiendo ser una mujer enamorada podría arrancarle una confesión... y aquí me tienes, con la respiración agitada y convenciéndome a mí misma de que no me va a matar.

Mientras las palpitaciones se van relajando miro a mi alrededor para llamar a Max y pedirle que me saque de allí y... mi bolso no está. Alexander se lo ha llevado.

CAPÍTULO 20

No puedo creerlo.

Los minutos van pasando y mi corazón se tranquiliza disipando mi temor en los rincones iluminados de la habitación. Pienso en lo que haría cualquier heroína de novela... Tal vez debería intentar salir forzando la puerta, o hacer una enorme cuerda arrancando las cortinas y deslizarme hasta abajo pero al mirar la distancia decido dejarlo. Está claro que hay cosas que solo le pueden salir bien a una protagonista de película o de novela.

Después de un rato de sentirme una completa inútil decido que lo mejor que puedo hacer es ponerme un pijama y meterme en la cama hasta el día siguiente. Ya intentaré que Alexander razone mañana y cuando lo tenga confiado me voy de casa y no vuelvo a pisarla. Y después reclamaré mi casa, la de mis padres, esa en la que ahora ellos dos, Alexander y Gabrielle follan juntos mientras que él espera que le comunique mi decisión.

Abro el armario y ahí están otra vez las ropas de Sara Middleton. Me niego a ser otra que no sea yo pero tengo más remedio que aceptar la realidad. O me visto como Sra Middleton para dormir con la ropa adecuada o me meto en la cama con vaqueros y camiseta... Escojo un pantalón de pijama de seda y su parte de arriba de tirantes de un fino color violeta. Supongo que si Alexander me viera así se excitaría al momento recordando a su gran amor. En eso es en lo que me quiere convertir, en una segunda parte de Sara Middleton.

Vuelvo a abrir el armario en busca de unas zapatillas. Todo lo que encuentro son pequeñas babuchas llenas de pompones. Qué horror, que cosas tan cursis... ¿de verdad esta mujer usaba estas prendas a diario? Esta clase de ropa es lo que se pondría una mujer para estar hermosa en una noche de compañía. ¿Sara y Alexander hacían el amor a diario? Uf, tiro las zapatillas con rabia hacia el

armario intentando quitar ese pensamiento de mi cabeza cuando escucho un crujido.

Oh, oh, oh... los crujidos... esos sonidos delatadores de secretos. Un escalofrío recorre mi espalda y se mete en mi nuca haciéndome temblar. Lo que se ha escuchado es algo parecido al gozne de una cerradura, como si dentro del armario hubiera una puerta secreta.

Me acerco con cautela mientras mi corazón se niega a permanecer tranquilo. No sé si se me curaran los ojos del todo pero lo que es el corazón va a necesitar un riguroso reposo después de tantos sobresaltos. Pongo mi mano sobre la madera color caoba de la puerta que abre el placar y apartando la ropa sedosa y brillante miro hacia el interior y, de repente, lo veo.

Entorno los ojos... joder, a ver si va a ser un fallo de mi vista. ¿Hay realmente una doble puerta ahí? Me alejo para tomar aliento. Me vuelvo a acercar con una de las manos sobre mi pecho como si quisiera detener los veloces latidos. Siento como la sorpresa golpea mis sienes y me empieza a doler la cabeza. Trago saliva y abro con las manos temblorosas la puerta escondida dentro del armario. A lo lejos se percibe el tenue brillo de una luz. De a donde de esta puerta llega a un lugar iluminado.

¿Entro, no entro? Una voz interior me dice que sea prudente, que cierre esa puerta y que espere a que amanezca para salir corriendo como sea de esa casa, otra me dice que descubra la verdad, y tengo la completa certeza de que ese camino que acaba en algún lugar iluminado va a traer hasta mí algún secreto escondido. ¿Para qué sirven los dobles armarios?, ¿qué tipo de persona pone una doble puerta interior en un mueble? No tengo ninguna duda que voy a entrar en un lugar prohibido para unos ojos ajenos a su dueño.

Y esa convicción, esa seguridad hace que me tire al suelo toda esa ropa que no me pertenece y abra más aún la puerta interior para penetrar en ese mudo prohibido.

Levanto una de mis piernas y pongo el pie en un suelo de baldosa que se encuentra a la misma temperatura que el suelo que dejo atrás. Termino de introducir mi cuerpo y empiezo a recorrer un pasillo semi-iluminado por la luz que viene de una estancia. Dios

mío ¿qué haré si cuando llego a la sala iluminada está ocupada por alguien?

Algo me empuja a seguir. Nada motiva más al ser humano que la expectación de conseguir algo y yo, de alguna manera imprecisa y basada en mi propia intuición, creo que esa estancia a la que voy a llegar me va a revelar alguna verdad. Sigo avanzando desoyendo lo que me dice mi prudencia.

Poco a poco el pasillo se va llenando de claridad al acercarme y me esfuerzo en escuchar por si pudiera haber alguien. Pero no hay nadie. Todo está en calma, todo es silencio.

La luz de una estancia me deslumbra cuando mis ojos, que aún no funcionan con absoluta normalidad, tienen que cerrarse de golpe para acostumbrarse a la luz clara y radiante que emana de un foco colgado dentro de una lámpara de araña llena de preciosos cristales alargados que cuelgan de ella en formas de gotas de lluvia.

Y lo consigo, abro mis ojos, miro alrededor y ...¡no puedo creerlo!

CAPÍTULO 21

Demencial.

Frente a mí tengo una enorme fotografía con la imagen de la hermosísima Sara Middleton.

Todas las veces que he estado en casa de Max no he podido fijarme en ella con auténtica atención. De alguna manera me ha cohibido que piensen de mí que soy una morbosa, porque sinceramente, algo de morboso tiene mirar con profundidad la foto de una persona que ya falleció. Entiendo que lo haga un familiar cercano pero que alguien desconocido mire fijamente la imagen de un muerto es algo que produce escalofríos. Ahora estaba sola, podía mirar a aquella mujer que fue y era la obsesión de Alexander, a la mujer a la que mi marido quería que me pareciera. Tomo conciencia inesperadamente de que llevo puesto uno de sus pijamas, de que esa tela que ahora me cubre se ha deslizado con suavidad por la piel de la hermana de Max..

Dios, hay algo macabro y peligroso en todo esto...

Los cabellos de Sara parecen crepitan sobre sus hombros destellando rojizos que dan calor a su alrededor. Y digo "crepitan" porque no se me ocurre un verbo mejor para definir la intensidad y la belleza de esa hermosa cascada de ondulante cabello cobrizo.

Me demoro en sus ojos que encierran alguna incógnita que debió despertar mucha curiosidad masculina. La nariz es perfecta y celestial, ligeramente elevada en su final aportándole dulzura a su rostro, y los labios lucen rosados, llenos, saludables, sonrientes, la suave línea de las clavículas le dan un porte elegante y los hombros femeninos y delicados incitarían a cualquier hombre a abrazarla... Es bellísima. No me podría parecer a ella ni en un millón de años. Ni aunque me ponga su ropa, ni aunque me tiña el cabello, ni aunque me dieran clases de protocolo...

Desvió la mirada en otras direcciones. A unos dos metros de la fotografía que ocupa toda una pared hay una mesa con cajitas de joyería abiertas. Cada exquisita caja muestra una joya. Tomo una de ellas con mis manos. Un collar de esmeraldas auténticas. Del broche cuelga una notita prendida con un lazo de seda violeta. La leo creyendo que encontraré información sobre su precio y procedencia y lo que encuentro me corta el aliento...

Dominada por el pánico que me empieza a oprimir mi pecho voy cogiendo una a una todas las cajas que contienen las joyas. Unos zarcillos de topacio, una gargantilla de perlas, un anillo de oro con incrustaciones de zafiros y circonitas... y en cada una de ellas colgando de su broche una nota en la que pone la fecha y el evento en que fueron usadas por Sara Middleton. En las líneas siguientes a esta información hay anotaciones de puño y letra de Alexander con frases como "estaba absolutamente preciosa", "brilló más que las propias esmeraldas", "no hay zafiros más hermosos que sus ojos"....

Demencial, no se me ocurre otra palabra para describirlo.

El frío se ha apoderado de mí. Estoy temblando de los pies a la cabeza a pesar de la cálida temperatura que reina en la estancia. Ni siquiera los latidos de mi corazón consiguen calentar la sangre que no llega a mis extremidades haciendo que sienta que puedo desmayarme en cualquier momento.

Sigo mirando a pesar del miedo que me recorre el cuerpo.

Lo peor está por llegar. Hay un guardarropa con prendas usadas por ella. Todas son del estilo que ya había visto en mi armario. Ropa interior, sombreros, fulares, calzado, abrigos ...Joder, joder, joder... estoy en manos de un tío que está como una puta cabra.

A continuación una fuente pequeña que lleva tallada un hada sosteniendo una flor de la que brota agua. Miro la cara de la bonita figura y tiene un parecido espectacular con el rostro de la difunta. Juraría que el agua huele. Hasta donde yo sé el agua no tiene olor. Volteo la cabeza en varias direcciones buscando el lugar de donde procede la fragancia. Como si alguien me hubiera tocado en el hombro me giro y ahí está. Toda una mesa para sostener un solo perfume. Unos focos colocado encima de él lo enfocan. Es delirante, es una jodida locura. No tengo que pensar mucho más para darme cuenta que es el perfume que usaba Sara. Me acerco para contemplar un frasco de cristal deliciosamente tallado con una rosa en el centro. El aroma es atalcado, tal vez con una base de almizcle blanco. Es ese tipo de aroma cálido que te envuelve y recuerdas durante horas. Una fragancia permanente como la propia Sara.

Pero ¿porqué huele?, ¿acaso alguien ha vaporizado el perfume? Los perfumes no huelen porque sí, alguien debe de echarlos para desplegar su aroma. Dios mío, alguien entra aquí y no solo de vez en cuando. Alguien viene y cuida de este lugar como se cuida de un tesoro y se asegura de que todo esté en impecables condiciones.

Lo último que veo me supera. Un maniquí con el rostro de Sara me hace dar un respingo. Mis pies ya debilitados por la impresión de lo que estoy viendo trastabillan y caigo al suelo. Ni siquiera siento el dolor de la caída aunque sé que me he golpeado fuertemente la rodilla. Me levanto sin dejar de mirar el maniquí que parece que va a cobrar vida en cualquier momento y no sé de donde saco las fuerzas para tocar el traje de novia que luce. En un blanco virginal todo ribeteado en perlas y bordado con hilos de plata.

Es demasiado.

No puedo soportar ya más todo esta locura.

Giro sobre mis talones y salgo de la estancia. El aroma de Sara me envuelve y penetra en mis fosas nasales como si hubiera estado

a mi lado una persona real y viva. Tengo que conseguir contarle a Max todo esto como sea.

La oscuridad del pasillo y los nervios que me azotan me hacen tropezar varias veces antes de llegar a la seguridad de mi dormitorio.

Cierro la puerta del armario, echo de nuevo el pestillo del doble fondo, me arrojó sobre la cama, me tapo hasta la nariz. Tengo miedo.

Consigo dormirme pero durante toda la noche sueño que Alexander Duval incendia la casa de mis padres con nosotros dentro.

CAPÍTULO 22

Encierro.

Alguien está tocando la puerta. El picaporte se mueve hacia abajo y hacia arriba. Miro a mi alrededor con los ojos aún medio cerrados. Es de día pero yo tengo la sensación de que he pasado la noche huyendo de las llamas de un incendio. Se escucha el sonido metálico de unas llaves. Parece que alguien ha decidido liberarme de mi encierro.

Alexander entra en el dormitorio sonriente. Sus ojos brillan al contemplarme. ¿Estará viendo en mí a su amada Sara Middleton porque llevo puesto uno de sus pijamas de seda?

Sobre sus manos tiene una bandeja que deja sobre mis rodillas. Me froto los ojos como si fuera una niña, o puede que en un acto reflejo como si no me creyera lo que estoy viendo. ¿Puede un hombre que te ha mantenido encerrada durante una noche entera comportarse a la mañana siguiente como si nada?

Pues parece ser que sí, tendríamos que hablar de un hombre perturbado, claro, pero como poder, por supuesto que puede.

Sobre la bandeja unos deliciosos cruasanes de mantequilla, un recipiente con mermelada de fresa y otro con frutilla, un zumo de naranja y un café con leche y crema completan el desayuno. Ante la sola visión de la comida me derribo. Recuerdo que no cené. Alexander me encerró antes de que lo hiciera.

—Debes estar hambrienta —me dice con una enorme sonrisa mostrando sus dientes blancos, blanquísimo y bien alineados. Tiene una sonrisa bonita, no se puede negar, no provoca en mí lo mismo que cuando veo sonreír a Max, pero con objetividad me puedo dar cuenta de que la tiene bonita y de que él lo sabe sin ninguna duda. ¿Cuántas conquistas se contarán gracias a esa sonrisa?...

Pues conmigo no cuela, cabrón, me dejaste encerrada...

—Sí, tengo mucha hambre —digo mientras le doy un sorbo al humeante café con leche y siento como la deliciosa crema cosquillea en mi labio superior, —ayer no cené ¿lo recuerdas?

—Lo sé, Raven —me responde mientras aparta un mechón de cabello castaño de mi hombro y lo echa hacia atrás —pero la forma en que haces las cosas me obliga a tratarte de esta manera.

No voy a dejar que me arruine el desayuno así que abro el cruasán y extendo la mermelada sobre él sin ninguna prisa. Le doy un mordisco a la deliciosa vianda y solo entonces lo miro.

—No hice nada, Alexander, no me ataques para defenderte, lo que hiciste es algo... algo... cruel —no se me ocurre otra palabra para describirlo, o sí, pero “puto loco de mierda” no parece lo más apropiado para arreglar las cosas.

—¿Te asustaste, pequeña? —Me da la impresión de que le complacería que así fuera pero no le voy a dar el gusto.

—No es que me asustara, Alex, es que no es el comportamiento de un hombre que confía en su mujer.

Él entorna sus ojos para mirarme con profundidad.

—¿Tengo motivos para confiar en ti, Raven? No eres mi mujer más que sobre el papel y me parece que alternas demasiado con Max Middleton que, no solo no es mi amigo, sino que tiene una conocida reputación de mujeriego.

—Alex, no hay nada entre Max y yo. Te dije que necesitaba tiempo y te prometí que no estaría con otro hombre hasta decidirme —le digo pasando por alto que lo he visto hacer el amor con Gabrielle porque en este momento en lo único que pienso es en la forma en que puedo convencerle para que confíe en mí y pueda salir de esta casa.

Doy otro sorbo al café con leche y el rastro de crema se queda sobre mi labio superior. Alexander levanta uno de sus dedos y lo recoge, después me ofrece el dedo para que lo chupe.

—Demuéstrame que puedo confiar en ti —me dice aún con el dedo ofrecido.

Trago saliva antes de decir:

—Estás invirtiendo los términos. La confianza no se genera manteniendo relaciones sexuales, es al contrario, Alex, cuando hay

suficiente confianza es cuando te acuestas con alguien.

Se ríe antes de limpiar su dedo con la servilleta de cuadros.

—Está bien. No insistiré.

Se levanta lentamente de mi cama. No, no, no... no es esto lo que yo quiero. Si deseo que me libere de este encierro necesito que esté lo suficientemente expectante como para que confíe, o por lo menos, para que finja que lo hace.

—Si quieres podemos salir a dar un paseo —continúa caminando hacia la puerta de la habitación. Se va y yo me quedaré encerrada.

Piensa, Raven, piensa que puedes hacer...

No tengo más remedio que decir:

—Me pondré uno de esos bonitos vestidos del armario.

Entonces es cuando se vuelve y me mira. Una lenta, retorcida y lúgubre sonrisa acude a su rostro mientras me mira. No me está sonriendo a mí. Está sonriendo porque voy a ponerme uno de los vestidos de Sara. Es a ella a quien le sonrío.

—Claro, mi amor, te espero abajo.

CAPÍTULO 23

Fingiendo ...

—Estás completamente loca, Raven.

Estas palabras salen de la boca de Max que ha venido detrás de mí y se ha metido en el baño femenino del restaurante donde estoy sin ningún pudor. Me ha agarrado del brazo y por su forma de mirarme exige una explicación.

Miro la mano firme con la que me agarra.

—Alexander está fuera y no quiero problemas. Sé lo que estoy haciendo. No interfieras.

Y estas otras palabras salen de mi boca después de veinte días (los llevo absolutamente contados) de estar completamente desaparecida para todo el mundo si no es del brazo de Alexander Duval.

En estos veinte días con sus veinte noches a solas (porque las noches las sigo pasando a solas) he visto como los días se han ido acortando y los crepúsculos rojizos se han transformado en un cielo plomizo al retirarse el sol cada día. Te lo cuento porque quiero que sepas que solo salgo de mi cuarto para ir con mi marido a alguna cena, alguna copa, alguna reunión de amigos. Sí, dije amigos... Belinda Wells está entre ellos y no se priva de coquetear abiertamente con él delante de todo el mundo y yo tengo que hacer como hacen todos... como que no me doy cuenta.

Gabrielle, amante actual de mi esposo, también está entre ese grupo de amigos y se la come doblada con Belinda como hago yo, como hacen todos (espero que no te espante mi forma cruda de decirlo)

Después Alexander asegura que solo es un juego, un entretenimiento, que todo el mundo lo sabe que ella es así y que por eso nadie se molesta. Esta es su explicación siempre dada a la vuelta donde yo guardo silencio. Después de escucharlo siempre

recuerdo que estoy haciendo un papel. Recuerdo que lo que deseo es que confiese que él incendió la casa de mis padres. También me gustaría que me contara qué pasó realmente con Sara pero para mí lo más importante es conseguir esa primera confesión.

Max no lo entiende. Lorraine no lo entiende.

Durante estos veinte días me los he encontrado por los lugares por donde me lleva mi marido. No hay que olvidar que todos estos ricachones frecuentan los mismos sitios. Se conocen todos.

Lorraine fue tajante:

—Aunque hagas el papel no te funcionará, Rave, igualmente no tendrías ninguna prueba y estás exponiéndote para nada.

Me explicó que tendría que conseguir tener su confesión en una cinta de audio o de video para poder presentarla ante un juez y, por este motivo, voy siempre con el celular puesto a modo de grabación.

¿Mis avances? Pocos, tengo que reconocerlo. Alexander parece encantado con mi nuevo cabello rojizo después de teñirlo, mi nuevo perfume con fondos almizcleros como el que usaba Sara Middleton, y mi ropa que ya directamente fue la de la difunta.

No sólo eso. Durante todos estos días, repito, veinte, me he interesado de forma fervorosa en los perfumes... ¿por qué?... pues porque resulta que la hermana de Max era una apasionada de ellos, no solo de la fragancia sino también de cómo se elaboraba esa fragancia. De manera que he aprendido que un perfume tiene notas de salida, notas intermedias y notas de fondo. Que las primeras son las que antes se notan y suelen ser toques florales, cítricos o especiados, esta primerísima olida (para que nos entendamos) es la que suele decidir a la compradora. Las notas intermedias, en cambio, van surgiendo después de unos veinte minutos y suelen durar como unas dos horas, ahí tenemos los lirios, el muguete o la rosa. Y por último, cuando ya crees que no queda ni rastro de perfume en tu piel te encuentras con las notas de salida que son realmente el perfume en sí mismo. Estas notas se mezclan con el olor de tu piel y son diferentes en cada persona, esa es la magia del perfume. En esta última clasificación podemos encontrar el almizcle, el ámbar, el musgo de roble... Sara era una entendida en esta materia y yo, en un principio fingí que lo era para agradar a

Alexander, pero finalmente despertó todo mi interés al entrar en un mundo definitivamente femenino y exquisito.

Ahora cada vez que participo en una comida o cena con esas mujeres tan estiradas hablo de perfumes y parezco una mujer muy elegante y sofisticada.

Si los demás notan mi parecido cada vez más evidente con la difunta Sara Middleton se abstienen de decirlo. Esta clase de gente es experta en ver cosas que no son normales y callarse haciendo como que no pasa nada. Así naturalizan situaciones que realmente son dignas de evaluación psiquiátrica como la obsesión de Alexander por Sara.

Sin embargo Max no es así. Max sostiene mi brazo sin ejercer la suficiente presión como para lastimarme pero sin ceder en su intención de hacerme desistir de mi locura. O por lo menos él lo considera una locura porque opina que me pone en peligro.

—Vamos a salir ahora mismo de aquí —me dice Max — buscaremos la forma de que confiese si intervino en la tragedia de tus padres de otra manera que no te ponga en riesgo.

—No estoy en riesgo, Max, puedes creerme, tengo a Alexander absolutamente convencido de que quiero ser Sara.

—Raven, es posible que nunca consigas una confesión ¿vas a pasar toda tu vida fingiendo ser quién no eres? Duval es un puto perturbado —enreda sus dedos en mi cabello y los desliza por él con tristeza. —Mira lo que ha hecho con tu preciosa melena castaña.

Yo siempre había pensado que mi pelo era totalmente anodino pero por lo visto a Max le encantaba mi cabellera castaña.

—Además —continúa —tengo algo muy importante que decirte. Conseguimos sobornar a una interna del INCUCAE. Tal y como creíamos mi esposa fue la donante de tus córneas. Ahora entiendo muchas cosas, Raven, ahora me cuadra todo. La primera vez que te vi me quedé hipnotizado con tus ojos. Era Melisa la que me hablaba a través de ellos.

—Joder, otro loco no, Max, por dios

Reconozco que no soy una mujer delicada pero otro obsesionado más con la difunta es algo que no sé si voy a poder soportar. Max

pone sus manos a cada lado de mi rostro y me acerca a su boca.

—No confundas una cosa con otra, Raven, yo no soy un enfermo mental como Duval, estoy enamorado de ti, no del recuerdo de mi esposa, no lo olvides nunca.

¿Ha dicho enamorado? Lo ha dicho ¿verdad que sí? No es una forma de hablar, ha dicho claramente que está enamorado. Yo no me lo estoy inventando. Joder, que nervios.

—¿Te parece que este es el momento más apropiado para semejante confesión? —la verdad es que no sé qué decir por eso le echo la bronca. ¿Será una costumbre femenina echar la bronca a un hombre cuando no sabe que decirle?

Él sonríe. Me mata cuando sonríe. Le salen los hoyuelos en las mejillas y se acentúa su barbilla partida. ¿Cómo puede ser tan guapo si cada vez que se ríe se le llena la cara de agujeros?

Levanta mi barbilla con delicadeza y me besa fugazmente. Un beso que solo está lleno de ternura, de contención porque sabe que no es el mejor momento pero es de esa clase de besos prometedores que te dejan con las ganas de morder la boca que te besa.

—Por favor, Raven, vámonos juntos de aquí y olvida tu vendetta. Yo olvidé lo que pasó con Sara. Decidí olvidar para seguir con mi vida.

Se me encoge el corazón al escucharlo. Él también cree que Alexander tiene que ver algo con la muerte de su hermana. Incluso a mí me parece sospechoso que sea su propia esposa la que donante de mis córneas.

—Max, estoy segura de que Alexander tuvo algo que ver en ese incendio, en la muerte de Sara y empiezo a creer que en la de tu propia esposa. ¿Quieres dejar libre a un asesino? Porque eso es Alexander si mis sospechas son ciertas, un asesino.

—No deseo que seas su siguiente víctima —esta vez hay angustia en sus ojos.

Pongo mi mano sobre su mejilla. Mataría en este momento por poder besarlo profundamente mientras aspiro su olor.

—Confía en mí. Sé que crees que soy una niña pero te aseguro que haré lo que haga falta para arrancarle la más mínima confesión.

Solo una, Max, solo una minúscula confesión y saldré corriendo a buscarte pero tenemos que tener algún hilo del que tirar.

Unas voces interrumpen nuestra conversación. Un grupo de señoras va a entrar en el aseo. Max me abraza tan fuertemente que casi me deja sin respiración y antes de volver a besarme dice:

—Te amo, Raven, y aunque sea de lejos voy a cuidar de ti. No permitiré que Duval te haga daño.

Cuando las señoras entran en su alegre cacareo Max ya se ha ido y yo finjo lavarme las manos y retocarme el maquillaje mientras espero a que se me pase la ilusionante emoción de ser amada por alguien como él.

CAPÍTULO 24

Cuarenta días.

Ya son cuarenta días lo que llevo fingiendo ser Sara Middleton a ojos de Alexander. Mi cabello, mi ropa y hasta el gesto de mi cara es parecido al de la difunta. Estoy teniendo grandes progresos pero Alexander sigue sin abrir la boca.

Durante todos estos días he vuelto a tropezar con Max en los lugares frecuentados. En cada encuentro hay un nuevo beso y una súplica para que desista de todo. En sus ojos hermosos veo el horror al verme convertida en alguien que no soy. Hasta el perfume que llevaba Sara es el que uso cada vez que salgo. Desde luego es un nuevo frasco pero yo, que sigo entrando en la doble puerta del armario, sé que es el mismo que ella usaba.

No corro peligro, estoy segura de ello, mientras él me siga viendo como si fuera ella estoy a salvo.

En uno de mis encuentros con Max, siempre en los aseos de los restaurantes a lo que vamos, Belinda Wells sale de detrás de una puerta cuando Max ya se ha ido después de devorar mi boca.

Ella se acerca a mí despacio y me mira de arriba a abajo con desprecio y dice:

—Puedes vestirme como ella, peinarte como ella y hasta usar el mismo perfume pero jamás serás ella.

En ese momento callo porque creo que es lo mejor que puedo hacer.

Mírame, pedazo de fulana, soy Raven O'connel, no pretendo ni deseo ser Sara Middleton, panda de tarados, y sabes que, zorra? No me ha hecho falta serlo para tener el amor del hombre que todas las mujerzuelas como tú soñaríais... Maximilian Middleton.

Evidentemente no es prudente decir algo así.

Ese día al llegar a casa llego incluso a sentir compasión por Belinda. ¿Quién puede tomarla en serio? Siempre me han dado

pena las mujeres que creen que con solo su belleza pueden retener a un hombre. No es envidia. De verdad creo que están completamente equivocadas. Una mujer hermosa es deseable para un hombre pero a su corazón se llega de otra manera.

Hay que reconocer, no obstante, que Sara Middleton tenía algo especial, una fineza, una compostura que se transmite incluso en sus fotos y en las cosas que ella hacía. Creo que era de esa clase de mujeres que transforman en belleza todo cuanto hay a su alrededor. No cabe duda de que eso es un gran talento. Yo no sé cual es mi talento, tal vez en algún momento de mi vida lo descubra, pero desde luego no es transformar lo vulgar en bello, más bien yo soy torpe y voy destrozando todo a mi paso. Aunque este mismo defecto se convierte en los ojos adecuados en una virtud encantadora, la torpeza de la mujer bella que a tantos hombres hace gracia.

Una de esas noches en las que estoy en mi habitación decido entrar otra vez en lo que yo llamo el santuario de Sara.

Debo de explicar que no hago vida familiar. Mis días consisten en un desayuno que tomo en el dormitorio casi siempre traído en una bandeja de plata destellante en las manos de Alexander. Si el brillo de la plata es llamativo a mis ojos recién abiertos, los ojos y la sonrisa de Alexander mucho más. Parece uno de esos hombres de anuncio de dentífrico que sonrío a todas horas sin ningún motivo solo para lucir una sonrisa perfecta. Sonrisa conseguida a golpe de talonario, no tengo ninguna duda. Mi desayuno es siempre el mismo; cruasanes con mantequilla y mermelada, jugo de naranja y café con leche.

Alexander siempre me mira fijamente mientras como. Observa con atención los movimientos de mi boca. Yo creo que intenta imaginarla en un beso o en actos más íntimos. No ha vuelto a hacer lo del dedo. Entre nosotros hay un trato implícito; no hablamos de ello pero ambos sabemos que me tiene prácticamente secuestrada, no tengo vida social si no es con él y apenas salgo de la habitación ni hablo nada con nadie. Es su forma de hacer presión para que sea realmente su esposa, es decir, para que me acueste con él.

Cuanto termino el desayuno me voy a la ducha. Este momento casi siempre va precedido de una mirada a mi marido para que abandone la habitación. El suspira y se va dejando la puerta de nuevo cerrada.

Intento prolongar este momento todo lo que puedo porque hasta aproximadamente el mediodía Alexander no vuelve a pasar por el dormitorio. Para ese momento yo ya me ducho con los mejores geles de baño, ya me hidraté con las carísimas cremas que una empleada doméstica puso en la ducha, ya me lavé el cabello con un carísimo champú y lo suavicé con la mejor mascarilla que hay en el mercado. Para cuando él abre la puerta ya estoy vestida como una princesa y preparada para asistir con él al lugar donde proponga. Siempre es Alexander el que propone. Nunca me pregunta adónde deseo ir o qué quiero hacer. Sé que vamos a todos los lugares donde estuvo con Sara.

Hemos comido fuera cada día de estos cuarenta días. Si estamos acompañados se comporta como el marido más encantador del mundo, si estamos solos su conversación se centra en lo que tengo que reparar o arreglar para no descuidar mi imagen.

“Debes retocarte las raíces, querida, ya empieza a asomar tu color castaño” y hace énfasis en lo de *castaño* como si mi cabello original fuera lo más insulso del mundo.

“Debes aprender a hacerte el ojo más grande con el eye liner, ahora los tienes azules y son lo mejor de tu cara”...Para que nos entendamos; esto quiere decir que señala como hermoso algo que no es genuinamente mío. Mis ojos eran castaños hasta que recibí el implante. Sé que Sara tenía unos ojos inmensamente azules como Max y llamativamente grandes.

Jamás me pregunta cómo va mi visión tras la operación, si ya enfoco completamente bien, si leo los mismos libros que leí en Braille, sencillamente, cuales son mis gustos, qué deseo hacer con mi tiempo.

Lo que nunca dejo de preguntarme es cómo es posible que si Sara era tan brillante viviera con él una historia de amor. ¿Acaso no era un perturbado cuando estaba con ella?, ¿fue su ausencia lo que le hizo enloquecer?

También hago la cena en mi cuarto. Generalmente es una cena sencilla con algo de carne o pescado a la plancha y verduras. Poco le importa a Alexander que yo sea una mujer con tendencia natural a la delgadez y que necesite carbohidratos en cada comida. Deduzco que Sara cuidaba su línea y me pone la misma comida que le hubiera puesto a ella.

A diferencia de lo que ocurre en los desayunos Alexander no se queda conmigo. Tiene prisa por bajar al salón y que le sirvan allí la comida donde cena con Gabrielle. No sé si después hacen el amor.

Su última entrada en mi dormitorio es para darme un beso de buenas noches en la mejilla y acompañarlo con una frase donde deja claro que él tiene el poder sobre la situación:

“Buenas noches, pequeña, que descanses. Espero que antes o después reflexiones sobre esta situación innecesaria”

Nunca hago caso de esos comentarios destinados a hacerme creer que la culpa de la situación es mía. Maldito manipulador.

Hoy he tomado la determinación de abandonar este encierro si transcurridos dos meses no he conseguido ninguna confesión de Alexander. Mientras este pensamiento da vueltas y vueltas en mi cabeza llegando a la convicción de que no servirá de nada este sacrificio abro el doble fondo del armario dispuesta a entrar en el santuario de Sara.

No sé si alguna vez has escuchado hablar del sexto sentido de las mujeres. Es lo que se conoce intuición y son tantas las veces que la pasamos por alto disfrazándola de raciocinio. Los hombres no están dotados de esta intuición. Es algo femenino. Una ventaja sobre ellos que la mayoría de las mujeres no sabemos explotar. Tampoco es culpa nuestra no hacerle demasiado caso porque, a menudo, y, cuando soltamos frases que van precedidas por “presiento que ...” las respuestas suelen ser devastadoras, incluso en la boca de otras mujeres. Pero si quieres un consejo hazle caso a tu intuición, no se la cuentes a nadie pero hazle caso. No estás paranoica, ni zumbada, ni ves fantasmas donde no los hay... es tu sexto sentido el que te está avisando de que algo no está bien y casi nunca se equivoca.

Claro que yo hablo mucho pero mientras abro el doble fondo del armario ese sexto sentido, esa vocecita interior, esa intuición... llámalo como quieras... se posa en mi hombro para decirme que esta noche abrir ese armario no es lo mejor que puedo hacer.

¿Por qué? Me pregunto mientras pongo el pie en el pasillo que me llevara a la estancia de Sara.

No hagas preguntas, Raven, solo márchate, regresa a tu dormitorio.

Y como siempre me deshago de ese brote de locura que es lo que la sociedad nos enseñó a las mujeres que es nuestra intuición.

Cuando llego a la estancia comprendo que esa voz interior no me mentía.

Junto a la enorme fotografía de Sara que ocupa toda la pared veo a Alexander arrodillado.

CAPÍTULO 25

Acercándome a la verdad

Un escalofrío rodea mi columna vertebral y me sacude haciéndome temblar como una mariposa herida. Jamás pensé que mis ojos fueran a contemplar semejante escena. Durante años, muchos años, deseé recuperar mi vista para volver a contar las nubes, mirar el vuelo de una gaviota o dejarme hipnotizar por las copas verdes de los árboles, pero nunca creí que contemplaría la devoción enfermiza hacia un difunto.

Alexander mira con fervor como si de una santa se tratara la imagen de Sara que, desde su estática pared, le devuelve una mirada azul y una sonrisa tierna. Pero lo peor no es eso, lo peor son las palabras que escucho.

—Perdóname, mi amor, perdona a este infeliz que hace lo imposible por tenerte, por buscarte en el rostro y en el cuerpo de cada mujer. Puede que tengas razón, Raven no merece esto pero si conoces otra forma de tenerte, dímela.

Como cada vez que me pongo nerviosa siento como me envuelve un frío gélido. El miedo es helado como un glacial, a pesar de que ponga tu corazón a latir a cien por hora, incluso con las sienas tamborileando a causa de los latidos, pese al torrente caliente de sangre que te golpea las extremidades para que huyas, el frío tiene ese efecto congelante que hace que no puedas huir y sigas varada en el peligro de estar donde no debes.

Trato de ver desde el lugar donde me escondo la cara de Alexander pero no consigo ver con claridad sus ojos. El miedo da paso a la curiosidad. Es extraño como el cuerpo va pasando de un estado de ánimo a otro... desconcierto...miedo...curiosidad...

Alexander tiene la cabeza inclinada en el suelo y la culpabilidad lo hace pedir perdón una y otra vez a Sara por el trato que me dispensa. Es aterrador como yo misma tengo la sensación de que la

imagen de la difunta va adoptando diferentes gestos mientras te vas imaginando lo que dice.

Un sollozo se escapa de los labios de Alexander y llega hasta mí rozando mi corazón hasta hacerme sentir compasión del hombre poderoso dominado por una obsesión.

Suspiro ante el sollozo que ha quedado suspendido en el aire como una burbuja de jabón y el sonido de mi aliento hace que Alexander gire la cabeza en mi dirección.

Ahora me mira directamente a los ojos, puedo ver los suyos y ya no queda nada de ternura o culpabilidad en ellos, lo que hay es enojo, rabia e ira al sentirse descubierto. Y ahora sí, ahora mis piernas responden y sé que debo huir para que no me alcance con su furia. Me giro y salgo corriendo pero él solo tarda un segundo en adivinar mi reacción y agarra con fuerza de la cintura.

—¿Adónde crees que vas, pequeña Raven?

Voltea mi cuerpo hacia él y veo su cara casi desfigurada por la frustración.

—No te basta con bajar aquí cada noche a profanar el recuerdo de la única mujer que he amado en mi vida, además tienes que venir a espiarme, a reírte de mi dolor —me empuja con fiereza y caigo en el suelo delante de la imagen de Sara.

Se me pasan por la cabeza todo tipo de imágenes terribles en que Alexander me hace daño.

No, no, Raven, no te dejes dominar por el pánico, piensa... piensa en una solución.

—No he venido a reírme de tu dolor, Alex, he venido como tú a ver a Sara, a preguntarle de que manera debo amarte para que no sufras más.

Veo como sus hombros se relajan.

Bien hecho, Raven, sigue por ese camino.

Camina hacia mí y al alcanzarme se arrodilla a mi lado. Una de sus manos se posa con ligereza bajo mi mentón elevándolo. Examina mi rostro en busca de los rasgos que le recuerdan a Sara.

—Sara tiene razón, eres una gran chica, Raven, no debo hacerte esto —ahoga otro sollozo —nunca debí privarte de una vida normal al lado de tus padres.

Lo ha dicho, lo ha dicho, lo ha dicho... está diciendo que fue él el que me privó de esa vida.

—No fue tu culpa, Alex, el destino, la fatalidad no es algo que puedas controlar, está fuera de tus manos y ...

— Desde el primer momento que te vi me di cuenta de que podía convertirte en ella —me dice sin quitar la mano de mi mentón. —La fragilidad de tus facciones, el puente de tu nariz y, sobre todo, tu boca, Raven, es carnosa pero inocente como la de Sara. Me la recordabas todo el tiempo cada vez que sonreías.

Dios mío, que no tiemble ante lo que estoy escuchando. Mierda, no tengo nada con que recoger sus palabras. Lorraine y Max tenían razón, me he arriesgado para nada.

—Por eso me recogiste cuando mis padres murieron —le digo dejando correr con ternura uno de mis dedos por su mejilla para incitarlo a hablar.

—Yo sabía que tus padres jamás hubieran permitido que me acercara a ti de la forma en que pretendía, por eso tuve que hacerlo. —No es mi mente sino mi corazón el que sabe lo que viene a continuación. —Perdóname, Raven, tuve que hacerlo para que algún día fueras mía —hunde su cabeza en mi pecho y llora amargamente.

—Podía haber muerto con ellos, ¿no lo pensaste, Alex?

Sigue llorando sobre mi pecho. Yo le acaricio el cabello conteniendo mis deseos de tirar de ellos y gritarle que es un asesino mientras le miro a los ojos. Pero no puedo hacerlo. Sé que su confesión no servirá de nada si no tengo una prueba que la demuestre pero al menos sabré que es lo que ocurrió realmente aquel terrible día en que mis padres murieron.

—No tuve la culpa de que estuvieras dentro, Raven —dice con voz queda —tú y tu manía de estar siempre donde no debes. Los jueves por la tarde siempre ibas a clase de francés. No deberías haber estado allí. Casi me volví loco cuando te escuché gritar.

Escucho un rumor... algo se ha movido en la estancia y no hemos sido ni Alexander ni yo. La sensación de que hay alguien más con nosotros se disipa con rapidez porque mi mente ha viajado

muy lejos, años atrás cuando unas llamas infernales tocaron mis ojos y los quemaron manteniéndolos en la oscuridad durante años.

CAPÍTULO 26

Secretos desvelados.

—Si me lo hubieras dicho, Alex, si hubiera adivinado tu dolor...

Los dedos de Alejandro atusan mi cabello.

—Eras una niña, Raven, no hubieras podido comprender.

—Lo hubiera entendido de adulta, Alexander, yo te amo —le digo metida en mi papel abnegado. Y de nuevo vuelvo a sentir un movimiento ajeno.

Me mira con sorpresa. Un brillo centellea en sus ojos ante tamaña mentira. Si pudiera cruzaría los dedos para que me creyera.

—Oh... gracias a dios, Raven, gracias a dios ...Ahora sé que todo el dolor sirvió para algo. La muerte de tus padres, tu ceguera y ese maldito Maximilian Middleton.

Y recuerdo. Las palabras de Max vienen a mi mente golpeándome la memoria. Melisa fue la donante de mis córneas. No me hace falta preguntar si Alexander tuvo que ver algo en la muerte de la esposa de Max.

—No deberías odiarlo, Alexander —mis manos no dejan de acariciar su rostro —al fin y al cabo si volví a ver es gracias a él.

De nuevo el desconcierto en sus ojos que, momentos después, dan paso a la admiración.

—En eso también te pareces a Sara. Ella también poseía una extraordinaria capacidad de deducción. Sin embargo, debo corregirte, mi pequeña princesa, no es gracias a Maximilian que ahora ves, es gracias a su esposa Melisa. Me costó tanto tomar aquella decisión.

No quiero seguir escuchando las palabras de un asesino. Todo me incita a salir de allí corriendo, a buscar los brazos de Max y refugiarme en su pecho para siempre pero debo hacerlo por él, debo llegar al final.

Miro hacia la imagen de Sara. Ella sigue sonriendo y, sin embargo, tengo la sensación de que puede leer mi corazón, de que sabe que amo a su hermano y de que no huiré por él.

Respiro profundamente antes de preguntar:

—¿Sufrió para morir?

—No, ninguna de las dos sufrió, ni Sara ni Melisa. Ambas muertes fueron limpias, no soy un hijo de puta, Raven, si tengo que sacar a alguien de mi camino lo hago pero no pretendo torturar a nadie.

—Lo sé, mi amor, lo comprendí al ver esta estancia. Nadie que haya amado de esta manera puede tener malos sentimientos —veo la gratitud en sus ojos y rezo para que no note mi repugnancia. — Dime porqué elegiste a Melisa.

—¿Por qué elegir a una inocente cuando la esposa de Max estaba tan cerca? Ese cabrón ha estado jodiéndome toda la vida, era el momento de devolverle los golpes y reparar el enorme daño que te hice al privarte de tu visión.

Juro que no sé de dónde estoy sacando las fuerzas para seguir escuchando. Estoy casada con un monstruo. No tiemblo, ya no siento miedo. Siento indignación por todas las personas muertas a manos de Alexander.

—No entiendo, mi amor, ¿qué es lo que te hizo Maximilian Middleton para que lo odies tanto?

—Él hizo hasta lo imposible por separarme de Sara.

—¿Qué quiere decir hasta lo imposible?

—Trató de impedir nuestra boda. Tenía celos. Estaba enamorado de Sara.

No soy capaz de hablar. No puedo creer lo que está insinuando. Solo una mente retorcida puede llegar a semejante conclusión Max siempre ha mantenido que Alexander es un perturbado, quizá entonces ya lo presintiera y trato de proteger a su hermana. Y entonces, movida por no sé que tipo de intuición, le digo:

—Por eso manipulaste el auto. Era Max el que iba a llevar a la novia al altar.

Alexander pone su cabeza sobre mi regazo y llora con amargura. Siempre he dicho que no hay nada que me produzca más tristeza

que escuchar a un hombre llorar pero esta vez no siento compasión, siento horror. Mis padres, Sara, Melissa... cuatro vidas sesgadas a manos de un puto loco.

—Fue el mayor de mis errores —dice mientras siento la humedad de sus lágrimas sobre mis piernas —la perdí a ella por culpa de ese maldito cabrón, por eso se merecía perder a Melisa, para que sufriera como sufrí yo al perder al amor de mi vida.

Se levanta del suelo y se acerca a la imagen de Sara.

—Tuve que hacerlo, amor, de lo contrario tu hermano nos hubiera separado para siempre pero tú, igual que Raven, siempre fuiste impredecible. Jamás entendí que me abandonararas justo el día de nuestra boda. Te dejaste convencer por él.

Se arrodilla ante su imagen con las manos extendidas sobre la fotografía de dimensiones murales.

Yo estoy aún clavada en el suelo. Apenas escucho lo que dice Alexander porque trato de levantarme para huir pero mi pie, malherido en la caída, no me lo permite.

Siento millones de agujas afiladas clavándose en mi tobillo como si fueran punzones del hielo en el calor de un volcán. Siento que mi pie está hinchado y trato de andar apoyándolo lo menos posible. Justo cuando creo que voy a conseguirlo Alexander me dice:

—Ahora no te puedo dejar marchar, Raven, ya sabes toda la verdad y solo puedo hacer una cosa contigo.

No, no, no... que no lo diga.

Veo como una de sus manos va al interior de su chaqueta y momentos después un arma me apunta a la cabeza.

Joder, joder, joder ...¿que hago yo ahora?

“Sangre fría, Raven, sangre fría”... los cojones, fría es como se va a quedar mi sangre en cuanto me vuele la tapa de los sesos.

—Alexander, tus secretos están a salvo conmigo. Soy tu esposa y te amo.

Quizá sea por mis años de invidencia por lo que tengo tan desarrollado el oído pero puedo percibir con claridad como le quita el pestillo al arma.

Y entonces sucede...

CAPÍTULO 27

Algo que Sara no tuvo.

El impacto de una bala estalla en mitad del rostro fotografiado de Sara.

Miro hacia el lugar de donde procede la detonación y es una mujer la que sostiene el brazo extendido apuntando a la cabeza de Alexander.

—Tira el arma ahora o dispararé, Alexander.

Él la mira atónito. No puede creerlo. Yo tampoco, la verdad.

—¿Vas a matar a esta pobre chica también?

Que hija de puta ...¿pobre chica?

—Gabrielle, estás celosa de mi amor por Sara como lo estuviste siempre, pero me amas, no serías capaz de matarme.

Yo alucino, esta es la tía que se revuelca cada noche con mi marido y ahora lo amenaza con matarlo... están todo como una jodida regadera.

—Sí, te amo a pesar de saber que eres un asesino pero no voy a permitir que mates a Raven. Le arrebataste a sus padres, la cegaste, mataste a la esposa de Max para devolverle la vista... ¿cuánto daño más eres capaz de hacer, Alexander?

Escucho unos pasos. Ellos no son capaces de advertirlos como mis oídos híper desarrollados saben que viene alguien a la estancia de Sara. Me cuesta trabajo despegar la mirada del revólver de Gabrielle que apunta sin piedad la frente de Alexander, pero lo consigo y miro hacia el pasillo de donde proceden los pasos. Es Maggi, la empleada a la que aquel día en que Alexander nos dejó encerradas puse en un serio problema al hacerla partícipe del suceso. Lo recuerdo perfectamente. Tras presionarla ella dijo que yo llevaba razón, que si sucedía algo no tendríamos escapatorias y añadió “pero yo no quiero problemas con nadie, señora”. No podía imaginarme entonces que Alexander fuera capaz de todas las atrocidades confesadas.

Maggi ha detenido sus pasos al ver a Gabrielle empuñando el arma. Me mira con los ojos llenos de pánico. Le hago una señal para que se vaya. Ella deshace sus pasos y se marcha con sigilo.

Cuando volteo la cabeza el arma de Alexander está en el suelo.

—Raven, recoge el revólver de Alexander.

Joder con Gabrielle, parece uno de los ángeles de Charley.

Me acerco como puedo hasta al arma y en cada paso creo que voy a morir del dolor que cada vez hincha más mi pie.

—Y ahora, Alexander, antes de que te mate vas a confesar todos tus crímenes.

Mete la mano en uno de sus bolsillos y pulsa el botón de audio de su móvil.

—Gaby, no lo hagas —le digo —no servirá ante un juez, lo estás apuntando con un arma y cualquier persona confesaría lo que hiciera falta para conservar su vida. No lo mates.

—Gracias, mi amor —me dice el hijo de puta. —No le hagas caso a esta zorra venida a menos, está celosa de ti y del amor que me tienes como lo estuvo en su momento de Sara. Siempre me amó pero yo jamás le correspondí.

—Cállate, miserable —grita ella Sara —engañabas a Sara conmigo hace veinte años.

Vaya, así que lo de poner los cuernos es toda una afición. Puede que muera por un balazo pero la intriga me sostiene en pie incluso aunque el mismo esté cogiendo dimensiones estratosféricas.

—Naturalmente pero solo porque Sara no quería acostarse conmigo hasta estar casada y tu siempre fuiste la putita perfecta para hacer los tiempos.

Yo si fuera Gaby ya le habría volado la cabeza por cabrón. Sara era un antigua, no cabe duda. Vaya tontería eso de llegar virgen al matrimonio. Aunque ahora que lo pienso yo también soy virgen.

—Eso era lo que pretendías que hiciera también hasta que Raven decidiera ser tu esposa. Yo siempre en un segundo lugar, te detesto, Alexander.

—No me detestas —dice soltando una risotada —me amas y no serás capaz de matarme.

Veo como el arma tiembla entre sus manos.

No, Gaby, no, ahora no puedes flaquear. No te ama, no te amó nunca...

—Dame el revólver, Gabrielle, deja de hacer el papelón. Es Raven la que sobra en esta historia. Ahora sabe que maté a sus padres...

—También a Sara y a Melisa —le interrumpo sin olvidar que Gaby estaba grabándolo todo.

—Sí —dice mirándome con desprecio —también a Sara y a Melisa. Eres una desagradecida, Raven, ordené matar a Melisa para devolverte la vista.

— La vista que tú mismo me habías arrebatado al incendiar la casa de mis padres. En todo caso, estoy siendo muy generosa contigo.

—Eres un triste consuelo para sustituir a alguien tan grande como Sara.

Gaby ha bajado el arma. Me doy cuenta de ello y Alexander también. Veo como su mirada se retuerce hasta posarse en mis ojos en un gesto de victoria.

—Puede que nunca sea tan maravillosa como Sara —le digo — pero tengo algo que ella nunca tuvo.

Me mira con una sonrisa de desdén.

—Ah, ¿sí, y qué es si se puede saber?

Metó las manos en el cinturón de mi pantalón donde había dejado el arma que Gabrielle me había ordenado recoger del suelo.

—Un arma, Alexander, y todo el propósito de dispararla.

CAPÍTULO 28

El tiempo suficiente para saber...

No puedo hacerlo. No puedo matar a un hombre por más que ese hombre sea un asesino. Es así de sencillo. Yo lo sé y Alexander también lo sabe. Por eso me mira con esa sonrisa asquerosa de soberbia. Está convencido de que no seré capaz de apretar el gatillo. Una cosa es la intención y otra el hecho. Nunca en mi vida he dicho cosas tales como “si pudiera lo mataría”... no lo he hecho, lo juro, y ahora que estoy apuntando a la cabeza de un asesino tampoco podré hacerlo.

Me invade el coraje al ver como su sonrisa se va ensanchando. Una vez más el brillo de la victoria llena su mirada. Joder, que puta frustración. Este tío ha matado a cuatro personas y yo no puedo meterle un balazo entre ceja y ceja. Puede que yo vaya a la cárcel, me digo, pero habré librado al mundo de un asesino.

Y aprieto el gatillo. Se escucha el chasquido de la bala al salir por el cañón. Siempre he sido torpe para todo ¿por qué no lo iba a ser ahora? La bala sale disparada e impacta en uno de los ojos de la fotografía de Sara. Pobrecita, la he dejado tuerta.

Me doy cuenta que Alexander está asustado. No creía que fuera capaz de hacerlo. Chúpate esa, Alexander, a ver donde está ahora tu sonrisa demencial.

No sé que más hacer. La verdad es que no vivo este tipo de situaciones a menudo así que me pregunto qué cojones tengo que hacer ahora. ¿Sigo apuntándolo con el arma hasta que uno de los dos se duerma y así gane el otro?, ¿por qué en las películas las protagonistas saben siempre lo que tienen que hacer cuando se meten en estos berenjenales? Yo me lio a tiros y que salga el sol por Antequera...

Empiezo a disparar sin ton ni son. Una bala cae en la boca de Sara, otra se carga un jarrón que cae estrepitosamente al suelo, lo

siguiente en recibir un impacto es la mesa de joyas... adiós a las maravillosas perlas de Sara...

Mis balas van destrozando el santuario que con tanto amor (más bien obsesión) construyó Alexander que está agazapado en el suelo intentando protegerse de los disparos. Gaby a su lado hace lo propio.

No voy a matar a ninguno de los dos... aunque es verdad que si se ponen en medio les puedo dar porque yo no tengo ni puñetera idea de adonde van a parar mis balas.

—Gaby, dame la grabación que tienes en el bolsillo de tu chaqueta.

Ella levanta la cabeza y me mira temerosa.

—Dámela, ahora —le ordeno.

¿Cómo es posible que esta mujer todavía se lo piense para delatar a Alexander? Está claro que el amor es una cosa loca...

Me arroja su móvil deslizándolo por el suelo y yo lo recojo y me lo meto en el bolsillo y como no sé que más hacer me lío otra vez a disparar. Sé que debo parece una loca pero es que estoy muy nerviosa y disparar me hace creer que yo tengo el control.

Esta vez apunto deliberadamente a lugares que están alejados de Alexander y Gabrielle. Y así sigo amortiguando el dolor de mi pie con el sonido de los disparos hasta que escucho detrás de mí una voz conocida.

—Ya basta, Raven, baja el arma.

Volteo la cabeza y veo a Lorraine con un montón de policías al lado.

—Señor Duval, queda usted arrestado por el homicidio del matrimonio O'connel y el asesinato de Sara y Melisa Middleton.

Caigo al suelo sintiendo como dos lágrimas calientes se deslizan por mis mejillas. Me arden los ojos. Es la primera vez que lloro con ellos. Ahora sí tiemblo con la pistola entre mis manos.

Lorraine se arrodilla junto a mí.

—Lo has hecho muy bien, Raven, has conseguido que lo confiese todo.

Agarra el arma de mis manos y me abraza. Llora sobre su hombro humedeciendo sus cabellos ondulados.

—¿Cuánto tiempo llevabas aquí? —le pregunto.

—El suficiente para saber que tienes el grabador de Gabrielle.

CAPÍTULO 29

Si tú me miras.

Un mes después...

Suena una canción que acompaña a los besos de Max. Pero no solo besos en la boca, ay si te contara, besos en todas partes, en lugares calientes y prohibidos que me hacen arquear el vientre y buscar la parte de su cuerpo con la que me satisface.

Alguna vez he contado que volver a ver el sol, el mar, la naturaleza después de haber estado ciega durante diez años era maravilloso ¿verdad? Bueno, pues ver el cuerpo desnudo del hombre al que amas es un milagro, sobre todo yo que jamás había visto a un hombre totalmente desnudo.

Esa cosa juguetona y cálida que se pone traviesa en cuanto me ve desnuda me encanta. Ya... ya lo sé... soy una vulgar... pero a Max le gusto así. Él no quiere una mujer sofisticada a su lado, quiere a una mujer sin más adjetivos que los que él le ponga y todos los que me pone son buenos.

—Te amo, Raven —es que es un divino.

—¿Me amas porque tengo los ojos de Melisa?

Su carcajada suena como un cascabel que se mece en el aire.

—Te amo porque eres valiente, fuerte y hermosa —toma ya y me lo está diciendo el soltero (ahora ya casado, conmigo, of course) más codiciado de la creme de la creme. Chuparos esa mandarina, señoritingas estiradas, que se lo ha llevado la bruta de Raven.

—No sé si soy todo eso, mi amor, pero intentaré serlo con todas mis fuerzas si tú me miras.

Me vuelve a besar. Se mueve la brisa y siento como desde algún lugar Sara y Melisa sonríen.

FIN.